DOCTORA Ribas

MÓNICA BENÍTEZ



DOCTORA RIBAS
MÓNICA BENÍTEZ

COPYRIGHT © 2025 MÓNICA BENÍTEZ
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.
Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

Safe creative: 2412280491429

https://monicabenitez.es

Twitter: @monicabntz

Instagram: mbenitezlibros

https://www.facebook.com/monicabntz

Tik Tok: @mbenitez_escritora

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Epílogo

CAPÍTULO 1

—Eh, espabila —la doctora Ribas se sobresalta cuando recibe un codazo de la doctora Teloy, acompañado de una sonrisa divertida.

Enseguida se da cuenta de que se ha quedado dormida y mira a un lado y a otro de la sala de actos, abochornada. Se frota los ojos y parpadea varias veces para que su visión deje de estar borrosa. La luz tenue de la sala y la voz aburrida de la ponente no la ayudan a mantenerse despierta.

—¿A que es interesante la charla? —pregunta Vania en voz baja, inclinándose hacia ella con expresión burlona.

—Mucho, sí —responde rápido, todavía atolondrada mientras intenta contener un bostezo que le humedece los ojos.

Vania Teloy no puede aguantarse la risa y, por consiguiente, recibe una mirada reprobatoria del doctor Asensio, sentado un par de filas por delante.

Íngrid Ribas se encoge con un escalofrío, el sueño le ha destemplado el cuerpo y de manera disimulada, mira su reloj para comprobar cuánto falta para que termine la tediosa charla sobre procedimientos a la hora de rellenar los informes, como si a sus cuarenta y tres años, no hubiera rellenado ya bastantes.

—Madre mía, no ha pasado ni media hora —susurra horrorizada, hundiéndose en el asiento como si así pudiera desaparecer de la sala.

—¿Y qué quieres? Te has dormido más rápido que una abuela cuando se sienta en el sillón. Con lo interesante que es esto —ironiza Teloy.

—Sí, eso díselo a tu mujer —responde haciendo un gesto con la cabeza.

Vania mira al frente, hacia el escenario donde una auditora externa imparte el seminario. A su izquierda, sentada en una silla un poco más atrás, está Arlet junto a otros miembros de la junta del hospital. Ha bostezado cuatro veces y no deja de moverse para evitar dormirse, cambiando de postura cada pocos minutos. Vania no puede sostenerle la mirada mucho tiempo porque le entra la risa y no quiere otra reprimenda de Asensio, así que baja la cabeza y se escurre por el asiento junto a Íngrid para estirar las piernas.

—¿Es esta la fila de las doctoras bolleras? —susurra una voz familiar a su derecha.

Íngrid y Vania levantan la mirada para encontrarse con la doctora Estel Márquez, que viene casi a hurtadillas y se deja caer al lado de Teloy, haciendo crujir el asiento.

—Llegas tarde —dice Vania constatando un hecho.

—No iba a dejar a un paciente a medio atender para venir a esto. ¿Cómo va la cosa? ¿Necesitamos palomitas? —pregunta sonriendo.

—Te haré un resumen rápido: Íngrid acaba de despertarse de la siesta —dice señalándola—, y Arlet está a punto de caerse de la silla. Literalmente, mira cómo se balancea.

La doctora Ribas las mira horrorizada cuando ambas comienzan a reírse sin cortarse. Asensio vuelve a girarse y, esta vez, la mirada fulminante recae sobre las tres.

—¿Por qué está tan vacía nuestra fila? —pregunta la doctora Márquez siguiendo con la broma de las lesbianas, mientras saca su móvil para comprobar los mensajes, muy poco interesada en la charla.

—Si buscamos a todas las que hay por el hospital, a lo mejor llenamos la mitad, aquí las nuestras escasean —dice Vania rascándose la cicatriz.

—Pues a Heredia no la busques —espeta Estel dolida, guardando el móvil en el bolsillo con brusquedad.

Vania la mira de soslayo y se aguanta la risa.

—¿Qué? —ladra Estel ceñuda.

—Nada.

—¿Nada? —insiste Estel mosqueada.

—No, ya os apañaréis con vuestras historias infantiles —Vania hace una mueca burlona y sonríe.

A Íngrid Ribas también se le escapa la risa, pero decide no meterse en la conversación, limitándose a observar el intercambio como quien mira un partido de tenis.

—Infantil es ella —dice Estel con el ceño fruncido.

Vania asiente con un gesto irónico que enfurece a Estel, porque en el fondo sabe que tiene razón. Infantiles son las dos. Parece que todo en su relación funciona a base de comprobar cuál de las dos es más orgullosa. Un juego que ya conocen todas sus compañeras.

—¿Cuánto duran las bodas gitanas? —la doctora Ribas quería mantenerse callada, pero no puede, cuando se junta con Vania le sale la vena traviesa y chinchar a Estel y Maribel, se ha convertido en un pasatiempo divertido para ambas.

—Esta dura una semana —especifica Vania—, una semana que la gitana pasará en Cádiz con los suyos, sola. Como si estuviera soltera —matiza mordaz, observando la reacción de Estel.

—Dicen que de una boda sale otra boda, ¿no? —sigue envenenando la doctora Ribas, incapaz de contenerse.

—Vale ya, si está allí sola es porque no me ha invitado a acompañarla, así que mucho interés no creo que tenga en mí —bufa Estel en modo dramático.

—Tú tampoco la invitaste cuando se casó tu prima —dispara Vania y Estel encaja el golpe como puede justo cuando Abel Asensio aparece por el pasillo, con los brazos en jarras.

—Fuera de aquí las tres —dice irritado señalando la puerta.

—¿Yo también? —se señala Íngrid estupefacta, como si fuera inocente.

—Las tres —repite Asensio con un bufido.

Todas ponen cara de disgusto, aunque en realidad, sienten alivio. Cuando se levantan, Vania echa un vistazo hacia el escenario para comprobar que Arlet está dando cabezazos, cada vez más pronunciados.

—Madre mía, se va a caer —dice Íngrid preocupada, señalando disimuladamente.

Por un momento, Vania piensa en acercarse y sacarla del trance, pero no quiere más problemas con el jefe de urgencias y, tras un suspiro resignado, las tres salen de la sala de actos intentando no hacer ruido con la puerta.

—Bueno, al menos nos hemos librado —dice Estel recolocándose la bata y pasándose una mano por su larga melena.

Íngrid vuelve a mirar la hora, el sopor en el que ha entrado la tiene atolondrada y solo tiene ganas de acabar el turno y marcharse a casa.

—Yo me subo a planta, si me necesitáis, ya me llamaréis —anuncia la doctora Márquez.

—No te vayas muy lejos, es probable que tengas que bajar cuando Arlet se caiga y se abra la cabeza —opina Íngrid mirando hacia la puerta.

A Vania le entran ganas de matarla, pero teniendo en cuenta su carácter esquivo y lo mucho que le cuesta abrirse con la gente, Teloy se lleva sorprendentemente bien con la doctora Ribas, así que acaba sonriendo, reconociendo el humor ácido de su compañera.

Íngrid llegó al hospital hace algo más de tres meses para hacer una sustitución y, a pesar de que la persona a la que sustituía ya se ha incorporado, la junta ha decidido incluirla en la plantilla durante los próximos seis meses. Íngrid Ribas tiene un carácter algo hosco y es bastante reservada, por eso —en opinión de Arlet— Vania y ella se llevan bien desde el primer día, porque son iguales: directas, sarcásticas y con un sentido del humor que no todo el mundo entiende.

CAPÍTULO 2

La escritora Henar Leiva está terminando de secarse el pelo cuando escucha sonar el timbre de su apartamento situado en el centro de Palamós. No se inmuta porque no es de esas mujeres que se ponen nerviosas con facilidad. Guarda el secador y se está cepillando el pelo cuando el timbre vuelve a sonar, esta vez durante más segundos, con una insistencia que denota impaciencia. Al cabo de un instante, la puerta del baño se abre con un incómodo chirrido.

—Henar, ¿le abro? —el que pregunta es Álvaro, su marido desde hace nueve años, asomando la cabeza por el marco de la puerta.

—No —Henar resopla mientras se cepilla el pelo—, si sube os pondréis a hablar y no nos iremos nunca, enseguida salgo.

—Enseguida salgo —repite Álvaro malhumorado, poniendo los ojos en blanco—, ya me conozco yo cómo son tus *enseguidas*. Siempre dices lo mismo y después tardas media hora más.

Henar se gira y le dedica una mirada glacial a su marido, de esas que podrían congelar el mismo infierno.

—En serio, casi estoy lista —asegura tensa, con ganas de lanzar el cepillo contra el suelo.

Álvaro menea la cabeza y sale del baño. Henar se mira en el espejo y se pasa las manos por encima de la camisa color crema para alisar unas arrugas que solo existen en su imaginación. Se observa con detenimiento y se pone de perfil. Desde que cumplió los

cuarenta, comenzó a ganar peso, sus caderas se han ensanchado y está entrada en carnes, aun así, Álvaro siempre le dice que está muy buena, aunque ella no es tonta y sabe que no la mira como antes, de hecho, su relación ha ido decayendo tanto, que la escritora sabe desde hace meses que su marido tiene una aventura. Los pequeños detalles la han ido alertando: llamadas a deshora, mensajes que esconde o reuniones de trabajo que se alargan más de lo normal.

En cualquier caso, eso no ha logrado minarle la moral. Al contrario, cada día se siente más fuerte y, ahora que ya ha cumplido los cuarenta y cinco, pocos complejos le quedan. Lo cierto es que se gusta a sí misma y eso le crea una seguridad que ya quisieran tener muchas.

Cuando por fin sale del baño y accede al salón, se encuentra con Octavia, su editora, sentada al lado de la mesa de trabajo de Álvaro mientras charlan de manera distraída.

—¿En serio pretendías dejarme esperar en la calle? —suelta Octavia en cuanto repara en ella.

Henar clava una mirada exigente sobre su marido, pero él pone cara de inocente y logra enternecerla.

—Anda, vámonos ya. Tú y yo ya hablaremos luego —le dice a Álvaro.

Octavia y Henar salen a la calle y se suben por fin en el coche de la primera.

—Veo que todavía no has hablado con él —dice Octavia mirándola de reojo.

—Ahora no tengo tiempo para esto —contesta Henar restándole importancia.

—¿Que no tienes tiempo? —se sorprende la editora—. Es tu marido y sabes que te engaña, Henar, ¿es que te da igual ser una cornuda?

La escritora suspira y la mira con cansancio.

—No me da igual, pero cuando tenga esa conversación será para pedirle el divorcio, eso incluye líos con abogados, mudanzas y explicaciones familiares que no me apetece dar. Si se me presenta una oportunidad, la aprovecharé y abordaré el tema, obviamente, pero ahora mismo, no la voy a buscar, él hace su vida y yo la mía. ¿Podemos centrarnos ya en lo que nos ocupa?

—Está bien —acepta Octavia más tranquila tras comprobar que su protegida parece tenerlo todo muy claro—. Vamos allá —dice poniendo el motor en marcha—. ¿Estás segura de esto?

—Ya lo hemos hablado, si quiero basar mi siguiente novela en una doctora, necesito realismo, conocer su día a día dentro de las puertas del hospital.

—Y estoy de acuerdo, pero de ahí a fingir una dolencia.

Octavia hace una mueca. Apostó por Henar y no se equivocó, pero sus métodos imprudentes en algunas ocasiones, la ponen muy nerviosa, sobre todo cuando la hace cómplice de ellos contándole sus planes.

—Solo será un rato, tampoco les voy a robar mucho tiempo —se justifica la escritora.

—¿Y qué harás si es un doctor el que te atiende? —expone Octavia como algo muy probable.

—Me las apañaré para que eso no pase —por el modo de sonreír de la escritora, Octavia tiene claro que ya lo ha previsto y tiene un

plan por si eso llega a suceder—. No pongas esa cara, esto forma parte del trabajo, me estoy documentando.

—Ya, pero no sé… —Octavia se siente incómoda.

—Ni siquiera tienes que esperarme dentro, limítate a dejarme delante del hospital y yo te aviso cuando salga.

—Eso ya me gusta más, un café me sentará de muerte ahora mismo —responde Octavia aliviada.

Henar mira a su editora y sonríe mientras menea la cabeza, consciente de que tanto teatro solo era para no tener que perder el tiempo dentro del hospital. Octavia es demasiado inquieta como para estar esperando en una silla durante vete a saber cuánto rato, será mucho más productiva en alguna cafetería donde pueda sacar su portátil y seguir trabajando.

—Está bien, deséame suerte —dice Henar en cuanto llegan a la puerta.

—No la necesitas —Octavia se ríe—, quien la necesita será la pobre doctora que tenga que atenderte.

Henar cierra la puerta del coche para no seguir escuchándola y mira el edificio.

—Vamos allá.

La doctora Ribas a duras penas ha tenido tiempo de tomarse un café en toda la mañana, desde que las han expulsado de la charla y ella y Teloy han vuelto a urgencias, es como si un castigo divino les hubiera caído encima sin darles un respiro.

—Por fin —le dice a una enfermera cuando firma el alta de su paciente.

Le quedan veinte minutos para acabar la jornada que ocupará rellenando los informes. Después de eso será libre de marcharse a

su casa, y está tan cansada que ha decidido que se tumbará directamente y ya comerá cuando se levante de la siesta.

—Ribas, necesito que atiendas a una mujer.

La voz de Asensio la hace girarse con cara de circunstancias y una creciente irritación. Íngrid mira a su derecha y ve al doctor Marín sentado en una de las sillas, ¡sin hacer nada!

—¿Por qué yo? ¿Es un castigo por lo de la charla? —pregunta mirando a Marín de manera descarada, quiere asegurarse de que el jefe de urgencias sabe que también está libre.

Abel Asensio coge aire y suelta un bufido, desde que Ribas forma parte de la plantilla, tiene la sensación de que lidia con dos Vanias a diario.

—No es un castigo, Ribas, es que la paciente ha pedido expresamente que sea una mujer la que la atienda.

—¿Ahora tenemos servicio a la carta? —interrumpe Íngrid.

Abel la mira pasmado.

—No, y no es obligatorio, por supuesto. Pero dice que se siente más cómoda si la atiende una mujer. Teloy está ocupada, Heredia de vacaciones e Isabel acaba de irse.

—Está bien —acepta apretando los labios.

Lo hace porque como mujer comprende que para según qué cosas, es más fácil hablar con otra mujer, y más si se trata de una persona tímida o reservada.

—Hazla pasar al tres, voy al baño y enseguida la atiendo.

—Genial, gracias.

Cuando Íngrid vuelve del baño y abre la puerta del box tres, se encuentra a Henar Leiva sentada sobre la camilla con gesto expectante.

—¿Qué tal? Soy la doctora Ribas —se presenta afable, aunque seca, siendo fiel a su carácter—. ¿Qué le pasa?

—Me duele mucho la muñeca derecha —dice Henar apretándosela con la otra mano mientras finge una mueca de dolor.

La doctora Ribas la mira con gesto desconcertado.

—¿Solo eso?

Henar arquea una ceja sin comprender la pregunta y asiente.

—¿Y para eso necesita que la atienda una mujer? —Íngrid no ha podido contener la lengua, irritada por la tomadura de pelo.

—Es un tema de confianza —contesta Henar sin inmutarse.

Se ha pasado media noche pensando en posibles reacciones por parte de su médica y ensayando respuestas para todo. Esta la tenía prevista.

—No me siento cómoda hablando con un hombre, eso es todo —zanja seria.

La doctora Ribas no dice nada. Por mucho que se enfade, ahora ya es su paciente y no puede hacer nada para rechazarla.

—Déjeme ver.

Henar le tiende la mano y está tan metida en su papel de víctima, que incluso logra que le tiemble. La doctora Ribas tantea con los dedos en busca de cualquier inflamación, le pregunta si se ha dado algún golpe o si ha hecho un mal gesto que pueda explicar su dolencia, pero Henar dice que no a todo.

—Aparentemente, no parece que tenga nada —dice Íngrid concentrada—, de todos modos, le voy a hacer una radiografía y así nos quedamos tranquilas.

La escritora carraspea y piensa que Octavia y Álvaro la matarían si supieran que va a permitir que incluso le hagan pruebas, pero su

cabeza ahora mismo es un hervidero. Desde que ha entrado, no ha hecho más que tomar notas mentales de detalles que debe incluir en el primer capítulo y, en cuanto la doctora Ribas ha comenzado a hablarle, el personaje principal ha tomado forma en su cabeza con una nitidez asombrosa.

Una vez hechas las placas, Henar vuelve al box y la doctora recibe el resultado en su correo.

—Yo no veo nada, probablemente ha sido un mal gesto o una mala posición durmiendo.

—Pero me duele mucho —insiste Henar—, y necesito tener bien la mano, soy escritora.

Íngrid cierra los ojos durante un segundo y, cuando los abre, la mira de reojo con ganas de estrangularla.

—Déjeme consultar con la traumatóloga, pero ya le digo que no tiene nada.

La doctora sale del box sintiendo la mirada de Henar Leiva clavada en su espalda. La escritora se queda sentada en la camilla con gesto pensativo. La doctora Ribas tiene algo que la desconcierta y no es capaz de adivinar qué es.

—Teloy, ¿tienes un segundo? —pregunta Íngrid entrando al vestuario antes de que Vania se marche.

—¿Qué pasa?

La doctora Ribas le muestra la radiografía de la escritora en la tablet.

—Tengo a esta mujer en el box, insiste en que le duele la muñeca y yo no le veo nada. Estoy casi convencida de que está fingiendo —dice ante la mirada sorprendida de Vania.

—¿Por qué piensas eso?

—No sé, todo en ella es raro, salvo que está buena.

Vania suelta una risilla y sigue mirando la radiografía.

—Dice que le duele y hace muecas con los labios cada vez que la toco, pero no trata de retirar la mano ni la tensa. Si le doliera de verdad, no me dejaría ni acercarme.

—Vamos, que encima es mala actriz —concluye Vania.

—Sí, dice que es escritora, espero que en eso sea mejor.

—¿Escritora? ¿Cómo se llama?

Vania busca el nombre en la radiografía y lo lee en voz alta.

—Henar Leiva, no tengo ni idea, pero me suena.

—Bueno, ¿ves algo? —a Íngrid le importa un bledo si es escritora o toca el tambor en una orquesta, solo quiere firmarle el alta para que deje de tomarle el pelo y así poder marcharse a casa.

—Nada. Igual es mejor que en lugar de atenderla tú, la atienda Estel —bromea Vania.

—Ni yo ni Márquez, esta hoy no le hace perder el tiempo a nadie más —contesta enfadada.

La doctora Ribas vuelve al box y deja la tablet sobre la mesa.

—Mi compañera tampoco ve nada. Le recetaré un antiinflamatorio y con eso se le tendría que pasar el dolor —concluye frente al ordenador.

—¿Y si no se me pasa vuelvo aquí? —pregunta Henar mirándola a los ojos.

—No, si no se le pasa, vaya usted al médico de cabecera para que él la derive al especialista —zanja la doctora Ribas con hartazgo.

CAPÍTULO 3

Los tacones de Henar Leiva resuenan por el pasillo del hospital cuando se dirige con prisa hacia la puerta, provocando un eco que rebota contra las paredes. Octavia acaba de avisarle de que ya la espera fuera y, cuando sale, se sube en el coche con una sonrisa satisfecha que no le cabe en la cara. Los ojos le brillan con ese destello característico que solo aparece cuando tiene nuevas ideas.

La editora la mira expectante y sonríe, después pone el vehículo en marcha.

—¿Qué? ¿Cómo ha ido?

—Mucho mejor de lo que imaginaba —responde Henar exaltada, prácticamente rebotando en el asiento del acompañante—. Ha sido muy inspirador —añade y no dice nada más.

Ha sacado su aplicación de notas y está escribiendo algunas cosas con una agilidad asombrosa. Octavia le da tiempo hasta que termina, porque cuando le viene una lluvia de ideas a la cabeza, sabe que no debe interrumpirla. Básicamente, porque Henar se desconecta y hablar con ella es como hablar con la pared.

—¿Ya? —pregunta cuando deja el móvil, observando perpleja como la escritora parece salir de su trance creativo.

—Sí. Me ha atendido una mujer, una tal doctora Ribas —aclara con una sonrisa satisfecha—, debo enterarme de su nombre. En fin,

creo que desde el principio se ha dado cuenta de que le estaba mintiendo. Tenía esa mirada… —Henar entorna la suya propia.

—¿Qué mirada? —pregunta Octavia con intriga.

—Ya sabes, esa que te atraviesa y parece que te está leyendo por dentro —sonríe emocionada, como si hubiera encontrado un tesoro—, pero ha sido muy profesional en todo momento, me ha hecho una placa y después me ha recetado un antiinflamatorio.

—¿Has permitido que te hagan pruebas? —pregunta Octavia horrorizada, mirando a un lado y a otro como si fuera una atracadora que acaba de robar un banco.

—Solo ha sido una radiografía, más estafa el Gobierno y no pasa nada, ¿no?

—No, claro, comparado con lo que ellos roban, esto es una minucia —pone los ojos en blanco Octavia—. Entonces, ¿ha sido productiva la visita?

—Por supuesto, en cuanto he comenzado a hablar con esa doctora, mi protagonista ha tomado forma de inmediato —dice señalándose la cabeza con el dedo, con tanta firmeza que Octavia teme que se abra un agujero—, necesito conocerla mejor.

—Genial, pues prepara todas las preguntas que necesites hacerle y me encargaré de conseguirte una entrevista con ella lo antes posible —responde Octavia mientras piensa en todas las gestiones que tendrá que hacer.

Henar la mira con desaprobación, arrugando la nariz como hace siempre que algo no le gusta o la convence.

—¿Qué? —pregunta Octavia y deja la boca abierta esperando la respuesta, conociendo demasiado bien esa expresión de desaprobación en el rostro de la escritora.

—Que no quiero una entrevista, eso no es suficiente, además, es inútil porque conforme avance con la trama, me surgirán más dudas…

—Eso no es problema, puedo concertar todas las entrevistas que sean necesarias —la interrumpe la editora y Henar suelta un resoplido que hace que un mechón de su flequillo se levante y levite durante una fracción de segundo.

—He dicho que no quiero entrevistas, Octavia, lo que necesito es pasar tiempo con ella —enfatiza cada palabra como si se lo estuviera diciendo a una niña pequeña, por si así le queda más claro —. Quiero estar a su lado y ver su día a día en el hospital, conocer sus reacciones, sus estados de ánimo frente a circunstancias adversas y su forma de interactuar con los pacientes —explica emocionada—. Necesito ver cómo se mueve por los pasillos, cómo cambia su expresión cuando está cansada o cómo se desenvuelve con las emergencias reales.

—Eso último ya lo has visto cuando ha interactuado contigo — suelta Octavia.

—Conmigo no cuenta, creo que me ha calado y la he puesto de mal humor. Se le notaba en la expresión, en su forma de mirarme.

—A mí también me pones de mal humor y no cambio mi forma de interactuar contigo —dispara Octavia sin cortarse.

Henar le clava la mirada hasta que las dos empiezan a reír, dejando que la tensión del momento se disipe.

—Ahora en serio, pasar tiempo con ella es justo lo que necesito para perfilar mi personaje y empezar. Venga, baja —ordena de repente con la mano en la puerta.

—¿Bajar? —el resto de la frase de Octavia muere en sus labios cuando Henar abre la puerta del coche y prácticamente se lanza al exterior—. Mierda —masculla la editora cogiendo las llaves antes de seguirla, maldiciendo internamente los impulsos de su escritora favorita.

—¿Puedes darte prisa? —se impacienta Henar, mirando la entrada del hospital.

—¿Qué se supone que vas a hacer? —pregunta la editora tras cerrar el vehículo.

—Yo, nada, lo harás tú que para eso te quedas una buena comisión de mis ventas —dispara mordaz—. Habla con quien tengas que hablar para que me permitan acompañar a la doctora Ribas durante unas semanas.

Henar coge la mano de Octavia y la arrastra hacia el interior del hospital con paso rápido.

—¿Y qué pasa si no quiere? ¿Has pensado en eso? —pregunta Octavia, intentando mantener el paso de su amiga mientras esquivan a personal médico y los pacientes.

La escritora se detiene en seco, provocando que Octavia casi choque con ella.

—¿Por qué no va a querer? —pregunta con perplejidad.

La editora pone los ojos en blanco y niega lentamente con la cabeza, con una expresión que baila entre la diversión y la exasperación.

—Pues porque no, Henar, porque no a todo el mundo le hace gracia tener a una escritora haciéndole sombra todo el día mientras trabaja, y menos a una tan pesada como tú —añade burlona, dándole un pequeño empujón en el hombro.

—A ella no le importará, se sentirá adulada, ya verás —afirma y reanuda el paso con una seguridad que Octavia no comprende.

La editora sabe que nada puede detener los planes de la escritora cuando se le mete algo entre ceja y ceja, así que acelera el paso y se coloca a su lado con el pensamiento de no salir de allí sin conseguir lo que necesitan. Van de un mostrador a otro y se pierden hasta en dos ocasiones atravesando pasillos que parecen multiplicarse hasta conseguir por fin —después de la insistencia de Henar y la capacidad de Octavia para convencer a cualquiera con su voz melosa y profesional— que un chico de los que están en el mostrador de visitas externas, les diga en qué planta está el despacho de la directora, la persona con la que deberían hablar para algo así.

—Ya era hora —exclama Henar cuando se abre la puerta del ascensor.

Las dos miran el pasillo y después se miran entre ellas. No tienen ni idea de cuál es la puerta, pero eso no las detiene, se van parando delante de todas para leer los nombres hasta que, al final del pasillo ven una con un cartel que pone Arlet Vila, directora médica. Octavia alza la mano para llamar a la puerta, pero sus nudillos golpean el vacío cuando Henar, con su habitual impetuosidad, la abre sin contemplaciones.

—¿Qué haces? —sisea Octavia muerta de vergüenza, con las mejillas enrojecidas.

Por suerte para ella, al otro lado encuentran a una secretaria que las mira con la misma cantidad de sorpresa que de incertidumbre, detrás de un escritorio perfectamente ordenado.

—Si quieres pasar tiempo con esa doctora, déjame hablar a mí —ordena Octavia en voz baja, cogiendo a Henar por el brazo justo antes de que abra la bocaza. Sus uñas se clavan ligeramente en la piel de la escritora a modo de advertencia y Henar contiene un quejido lastimero.

A pesar de no tener cita concertada, Octavia utiliza todos sus métodos de persuasión: sonrisa encantadora, voz suave y ese tono profesional que ha perfeccionado a lo largo de los años. Termina convenciendo a Iris, la secretaria de Arlet, para que le permita cinco minutos con su jefa.

Iris, nerviosa como cuando fueron las inspectoras preguntando por la doctora Heredia, se levanta de su silla giratoria y entra en el despacho de la directora tras llamar antes a la puerta con tres golpes que parecen una contraseña.

—¿Ves? Eso es lo que hace la gente educada y respetuosa —le advierte Octavia a Henar en un susurro mientras esperan—, has entrado aquí como un torbellino. Imagina que, en lugar de ser una chica introvertida y manipulable como esta, nos encontramos con alguien como tú, nos hubieran echado a patadas y te hubieras quedado sin opciones.

Henar la mira y entorna los ojos.

—Ha sido un impulso —se defiende, aunque sabe que su amiga tiene razón.

—Tus impulsos me cuestan siempre muchas disculpas —bufa Octavia justo cuando Iris sale del despacho de la directora.

—Pueden pasar, pero deben ser breves, solo dispone de quince minutos antes de irse a una reunión —anuncia la secretaria, sosteniendo la puerta abierta para ellas.

Octavia le da un codazo en las costillas a Henar cuando esta sonríe victoriosa.

—Serán suficientes, gracias —dice Octavia y las dos entran en el despacho.

Arlet, como suele hacer siempre, se pone en pie para estrechar la mano de las dos mujeres.

—Lamento que nos hayamos presentado así —dice la editora estrechándole la mano con un apretón firme—, ella es Henar y yo me llamo Octavia.

Arlet saluda a las dos mujeres mientras piensa que a la primera no necesitaba que se la presentara porque la ha reconocido en cuanto ha entrado, puesto que ella es una de esos miles de personas que lee a Henar Leiva.

—Muy bien, ¿en qué puedo ayudarlas? —Arlet se sienta y las visitantes hacen lo mismo frente a ella.

—Verá, Henar es escritora, no sé si habrá leído algo de ella —Arlet asiente, pero no añade nada más porque no tiene tiempo y necesita que vayan al grano—. El caso es que su siguiente novela, tiene como protagonista a una doctora y nos gustaría hacer una petición formal para que le permitan pasar unas semanas con una de las suyas para documentarse. Así podría terminar de perfilar al personaje, conocer la terminología médica, consultar sus dudas y, sobre todo, ver cómo es el día a día en urgencias.

—Vaya —Arlet arquea las cejas sorprendida. Sabe que muchos escritores hacen eso para documentarse, pero no esperaba que ninguno eligiese su hospital para hacerlo—. Pues tendré que consultarlo con la junta y si lo aprueban, hablar con las doctoras de urgencias a ver si hay alguna interesada.

—Bueno, sobre eso, necesitamos a una en concreto si es posible —puntualiza la editora, inclinándose ligeramente hacia delante—. Justo hace un rato, Henar ha sido atendida de una molestia por una de sus doctoras y le ha provocado tanta inspiración, que necesitamos que sea ella.

—¿Y qué doctora ha sido? —pregunta pensando que como sea Vania, van a tener un problema serio. Ya puede imaginarse la expresión indignada y las protestas de la doctora ante semejante propuesta.

—La doctora Ribas —interviene por primera vez Henar.

Arlet hace una mueca y contiene las ganas de reír, porque si Vania le montaría un número si la obligan a tener a alguien siguiéndola todos los días, Íngrid es la única doctora de urgencias que le montará otro. Casi puede visualizar la escena en su cabeza.

—No sé si será posible, para eso la doctora Ribas tiene que aceptar. En cualquier caso, como les he dicho, primero lo tengo que consultar con la junta y, si al final llegamos a un acuerdo, todo deberá hacerse bajo las estrictas normas del hospital. Ya sabe que debemos respetar la privacidad de los pacientes y que Henar solo podría estar presente en la consulta si estos dan su consentimiento previamente.

—Por supuesto, contamos con ello y respetaremos cualquier cláusula, pero le agradecería que haga lo posible por conseguir que la doctora Ribas acepte. Obviamente, Henar está dispuesta a hacer una donación al hospital por las molestias —asegura Octavia.

Henar tensa todo el cuerpo y se agarra al reposabrazos de la silla para contener las ganas de darle un sopapo a su editora.

—Es muy amable por su parte —dice Arlet y Henar finge la mejor de sus sonrisas.

—Aquí tiene mi tarjeta —dice Octavia arrastrándola por encima de la mesa—. Llámeme en cuanto sepa algo, pero desde ya le digo, que le estaríamos muy agradecidas si resuelve esto con la mayor premura, porque Henar no puede continuar con la novela si no se documenta.

—Por supuesto, aprovecharé que ahora tengo reunión con la junta para comentarlo. Les diré algo pronto —concede Arlet y se levanta para despedirlas.

CAPÍTULO 4

Hace ya una semana que Henar Leiva estuvo de visita fingida en el hospital. Para Íngrid apenas es una anécdota de la que habló un par de veces con Vania y Estel durante los descansos entre las consultas, completamente ajena a la petición de la escritora a la dirección del hospital y que Vania no ha podido contarle por prohibición expresa de Arlet.

Por eso cuando el doctor Abel Asensio, con ese aire de eficiencia que siempre lo acompaña, las interrumpe durante el desayuno para decirle a Íngrid que cuando acabe se pase por el despacho de la directora, Vania tiene que concentrarse mucho para no delatar que está al corriente de lo que le espera.

—¿No te ha dicho para qué? —pregunta Íngrid intrigada al jefe de urgencias.

—Ni idea, yo solo soy el mensajero. Ahora tengo que dejaros, qué aproveche —se despide el doctor Asensio.

—¿Tú sabes algo? —interroga a Vania, estudiando con ojo clínico la expresión de su compañera.

—¿Yo? ¿Por qué iba a saber nada? —responde Vania, removiendo el café con más intensidad de la necesaria.

—Porque estás con Arlet y ella ha podido comentarte algo —concluye Íngrid de manera lógica, inclinándose sobre la mesa para escrutarla mejor, dando por hecho que va a contarle lo que sabe.

—Pues no —Vania se rasca la cicatriz e Ingrid entorna los ojos.

—¿Seguro que no sabes nada?

A Vania le entran los calores de la muerte y un ligero rubor le sube por el cuello.

—No, pero si estás tan intrigada, deja de someterme a un tercer grado y ve a ver qué quiere, así sales de dudas.

Ingrid se levanta.

—Tú sabes algo —la acusa, señalándola con el dedo cuando pasa por su lado.

Ingrid llega al despacho y Arlet la recibe pidiéndole que se siente frente a ella.

—¿Es para decirme que no me renuevan el contrato? —dispara Ingrid con nerviosismo.

Arlet, que está tensa porque sabe que la conversación no será agradable para su compañera, se relaja un poco, porque si su temor era ese, lo de la escritora no le debería preocupar tanto.

—No, no, para nada, en ese aspecto, puedes estar tranquila porque de no renovarte, ya me lo habrían comunicado.

Ingrid deja salir el aire contenido en los pulmones.

—Entonces, ¿de qué se trata?

—Verás —Arlet se aclara la voz y reposa las manos juntas sobre la mesa—. El otro día al parecer atendiste a una escritora por una lesión leve.

—¿Escritora? —Ingrid no puede evitar la mueca de disgusto al pensar que tal vez le van a echar la bronca por malgastar recursos con una paciente que claramente fingía—. Sé que mentía, pero no podía darle el alta sin al menos hacerle una radiografía —se justifica nerviosa.

—No es por eso, jamás he cuestionado tu trabajo. El tema es que esa escritora ha solicitado pasar unas semanas aquí para documentarse con respecto a su siguiente novela, que al parecer se basa en la vida de una doctora —explica Arlet y se aclara la voz antes de continuar.

Íngrid frunce el ceño.

—Sabía yo que esa tramaba algo; deberíamos denunciarla por fingir una dolencia y malgastar recursos públicos.

Arlet suspira.

—Tal vez, pero la junta ha decidido concederle el permiso que solicita.

—¿En serio? —la doctora Ribas se indigna—. ¿De verdad vamos a tener a esa mujer orbitando por aquí sin dejar de hacer preguntas?

—En realidad, ha solicitado estar contigo, Íngrid —suelta por fin Arlet.

—¿Cómo dices?

—Ya me has oído, Íngrid.

—Ni hablar, no pienso tener a esa mujer conmigo durante todo el turno —dice ofuscada—. Busca a otra, seguro que hay más de una que estará encantada.

—Lo sé, y lo siento, pero te ha pedido a ti, Íngrid.

—¿Y eso qué significa? ¿Es que mi opinión no cuenta? —pregunta la doctora notando como le empieza a hervir la sangre.

Arlet suspira y hace una mueca.

—Claro que cuenta, pero esto no depende ni de ti ni de mí, ha sido decisión de la junta. Henar Leiva es muy conocida y piensan que será buena publicidad para el hospital tenerla por aquí.

—Me da igual si es conocida o no —protesta Íngrid.

—Lo siento, la decisión ya está tomada —zanja Arlet.

—Pero ¿por qué yo? —se indigna la doctora Ribas, que ha entrado en bucle—, ponla con Vania.

Arlet suelta un amago de risa solo de pensarlo.

—Sé que es una putada, Íngrid, pero Leiva ha sido muy específica al decir que quería estar contigo. Debiste atenderla muy bien el otro día —se pitorrea la jefa.

—Si lo llego a saber, la echo a patadas por mentirosa —Íngrid se cruza de brazos.

—Venga, mujer, no te lo tomes así. Será una experiencia nueva y, quién sabe, a lo mejor os acabáis haciendo amigas.

—Lo dudo mucho.

—En cualquier caso, solo serán unas semanas, Íngrid, después no tendrás que verla más. Además, la colaboración tiene una serie de cláusulas que debe cumplir, si se las salta, se le acaba el estar aquí —asegura Arlet tratando de tranquilizarla.

—Eso no me consuela, está claro que esa mujer está acostumbrada a hacer lo que le da la gana sin que haya consecuencias.

—Quizá, pero si te sirve de consuelo, ha hecho una donación a la planta infantil.

Íngrid suspira resignada cuando comprende que por mucho que proteste, desde arriba ya han decidido por ella y no le queda más remedio que hacer lo que le dicen.

—¿Algo más? —pregunta con las cejas arqueadas.

Arlet sonríe con esa amabilidad que la caracteriza.

—No, puedes irte.

La doctora Ribas llega a urgencias con un humor de perros, caminando de manera ruidosa y rápida hasta que se encuentra con la doctora Teloy y la doctora Márquez, que acaban de salir de una consulta.

—¿Todo bien? —pregunta Estel al verla con el ceño fruncido.

—Pregúntale a esa traidora —dice señalando a Vania, y pasa de largo hasta pararse en el ordenador de la isla para ver qué tiene pendiente.

Vania suelta una carcajada ante la mirada interrogante de Estel.

—¿Qué me he perdido? —pregunta la neuróloga.

—¿Te acuerdas de la escritora que estuvo aquí el otro día? —pregunta Vania mirando de reojo a Íngrid, que tiene la mirada clavada en la pantalla del ordenador como si quisiera atravesarla.

—¿La que fingió el dolor de muñeca? —pregunta Estel, apoyándose contra la pared con una sonrisa divertida en los labios.

—Esa misma. Ha pedido pasar unas semanas en urgencias para documentar su siguiente novela, y ha exigido hacerlo en compañía de Íngrid.

—¡No! —exclama Estel con tono burlón mirando a Ribas—. Madre mía, qué interesante —añade mordaz.

—¿A que sí? —responde Vania y las dos se echan a reír.

—Os estoy escuchando, zorras —brama Íngrid.

CAPÍTULO 5

Henar apenas ha pegado ojo en toda la noche. Durante el día de ayer, temió no dormir por los nervios de que hoy fuera su primer día en el hospital en compañía de la doctora Ribas, pero ni siquiera ha pensado en ello todas las veces que se ha despertado, lo único que le pasaba por la cabeza, era que su marido Álvaro no había llegado.

Álvaro tenía una cena de negocios y ella sabe que cuando eso sucede, suele llegar bastante tarde porque probablemente aprovecha para estar con esa amiguita que ella sabe que tiene, pero esta vez se ha pasado, porque son las siete de la mañana y su marido todavía no ha vuelto y, cuando a las cinco de la madrugada ella lo ha llamado preocupada, no le ha contestado y tampoco le ha respondido al mensaje que le ha enviado, y sabe que lo ha leído porque la ha dejado en visto.

Se levanta de mal humor y, tras la ducha, se maquilla y pone especial énfasis en las ojeras que tiene por culpa de no haber dormido. Su móvil comienza a sonar en la habitación y Henar corre pensando que puede ser él porque, aunque su matrimonio está roto y sabe que es una cornuda, todavía lo quiere y se preocupa por él.

—Hola, Octavia —saluda y suspira mientras vuelve al baño.

—¿Qué pasa? —pregunta la editora—, para ser tu primer día deberías estar contenta y pareces apagada —añade preocupada.

—Álvaro no ha venido a dormir esta noche.

Henar escucha el suspiro reprobatorio de Octavia al otro lado de la línea.

—¿Eso qué significa? —pregunta hosca.

—Nada, es que sigo sin entender por qué sigues casada con ese hombre —contesta la editora.

—Ya, eso mismo digo yo, en fin, no pienso dejar que esto me fastidie el día.

—Así se habla, solo te llamaba para desearte mucha suerte. Y para recordarte que me llames cuando salgas para contarme cómo te ha ido.

—Tú lo que eres es una chismosa —espeta Henar.

—Eso también, hablamos después.

Henar cruza la puerta del hospital a las ocho en punto, la hora a la que ha quedado con la directora para que esta la acompañe a urgencias y la lleve junto a la doctora Ribas. Arlet Vila la está esperando donde le dijo y Henar da un acelerón para llegar hasta ella lo más rápido posible.

—¿Lleva mucho esperando? —pregunta inquieta después de saludarla.

—No, acabo de bajar, pero tengo algo de prisa, así que si le parece —Arlet empieza a caminar y Henar la sigue—. Su editora me pasó el acuerdo firmado, pero me veo en la obligación de preguntarle si ha leído las cláusulas.

Henar por poco se tropieza mientras trata de recordar lo que Octavia le dijo, porque ella, por supuesto, solo se limitó a estampar su firma.

—Sí, claro, la más importante es que no puedo estar presente en la consulta si los pacientes no dan su consentimiento —dice,

rezando para que sea suficiente respuesta para la directora.

—Ni hostigarlos para que lo hagan —le recuerda Arlet.

—Por supuesto que no.

Arlet la mira de soslayo, convencida de que no ha leído nada.

—Y los que accedan deben firmar un consentimiento, no nos vale solo con la palabra. Aunque en realidad, a quien le conviene es a usted, porque como ya ha leído —le clava la mirada—, el hospital no se hace responsable.

Henar carraspea y asiente.

—Por supuesto, yo me hago cargo —responde, pensando que debe prestar más atención a su editora cuando habla.

—En fin, ya hemos llegado.

Arlet accede a urgencias por una puerta a la que Henar no habría tenido acceso de no ir con ella, pero ya está ahí y siente un cosquilleo de emoción ante la idea de comenzar.

—Ahí está la doctora Ribas —Arlet no tiene ni que acercarse, porque cuando Íngrid escucha su apellido, se gira y repara en ellas.

La directora aprovecha para saludarla con la mano y quitarse de en medio antes de que vuelen los cuchillos.

—Bueno, espero que le vaya muy bien —dice y se va por donde ha venido.

—¿Qué tal? No sabe las ganas que tengo de comenzar —dice Henar en cuanto tiene a la doctora Ribas delante.

—Pues sinceramente, yo no tengo ningunas —espeta Íngrid, contrariada.

—Venga, no sea así, será divertido.

Octavia ya advirtió a Henar de que la doctora no estaba muy contenta con la tarea que le habían impuesto, pero a ella no le

importa, al fin y al cabo, va a tener que aguantarla le guste o no.

—¿Que no sea cómo? —ladra Íngrid, cruzándose de brazos mientras la atraviesa con una mirada glacial.

—Está bien, me parece que el otro día comenzamos con mal pie, Íngrid. Me llamo Henar —dice tendiéndole la mano.

Íngrid la mira dispuesta a rechazarla, pero en el último instante se lo piensa y se la estrecha con un apretón tan fuerte, que Henar deja de respirar.

—Parece que ya no le duele, ¿no? —pregunta mordaz.

—Si sigue apretando así, me dolerá de verdad —masculla Henar.

—Así que reconoce que mintió —Íngrid no se puede creer la desfachatez de la escritora.

—Venga ya, Íngrid, fue una tontería —dice cuando la suelta.

—Escúcheme bien, escritora. Para usted su trabajo tal vez sea una tontería, pero el mío no lo es, mi tiempo vale oro y es en exclusiva para personas que lo necesitan de verdad. Mientras la atendía a usted, seguro que había alguien en la sala de espera padeciendo dolores insufribles por más tiempo del necesario.

Henar hace una mueca. Íngrid le parece una exagerada, sin embargo, la doctora tiene razón.

—Está bien, lo siento, se lo digo de corazón —se disculpa por fin.

—Muy bien, ahora vamos, que seguro que ya tenemos a un paciente esperando.

La escritora vuelve a sentir un estallido de emoción ante la idea y sigue a la doctora Ribas. No sabe si la relación entre ellas será más cordial después de su disculpa, pero por lo menos, Íngrid no ha puesto más impedimentos para que esté con ella.

El primer paciente de Íngrid es un chico de diecinueve años con un dolor agudo en las lumbares después de haber hecho un mal gesto cuando ayudaba a un amigo con una mudanza. La doctora le explica de manera breve lo de la escritora, y este se niega rotundo a que entre en la consulta.

—Ya ve, no ha querido —se jacta con regocijo Íngrid, cerrándole la puerta en las narices a Henar.

—Pues sí que comenzamos bien —tuerce la boca la escritora, que comienza a buscar algo que hacer cuando la puerta se abre de repente, sobresaltándola—. Madre mía, ¿quiere usted matarme? —pregunta acelerada.

—No me tiente —responde Íngrid—. Solo salgo para recordarle que no puede andar husmeando por ahí ni molestando a nadie más. Solo tiene permiso para estar conmigo, así que coja una silla y plante el culo al lado de la puerta, y más vale que la encuentre aquí cuando salga o le diré a la directora que ha violado el acuerdo el primer día.

Íngrid cierra de un portazo, dejando a Henar boquiabierta.

—Yo que usted le haría caso —dice Estel, conteniendo la risa tras escuchar el monólogo de Íngrid cuando pasaba por delante.

Henar, resignada, coge una silla y se sienta junto a la puerta como si fuera una policía que la custodia. Así pasa cuarenta minutos hasta que por fin el paciente es dado de alta, llega el siguiente y ve con frustración cómo le pasa exactamente lo mismo. Mientras espera, le llega un mensaje del sistema de alarma de su casa para indicarle que alguien la ha desconectado, es decir, que su marido ha vuelto a casa.

—Vamos —dice Íngrid cuando termina con el segundo paciente.

—¿A dónde? —pregunta Henar masajeándose el culo con la mano tras dos horas sentada.

—A desayunar. ¿O usted no se alimenta? —responde la doctora sin detenerse.

—Sí, claro.

La escritora sonríe, ese mal carácter de Íngrid Ribas le encanta y le está dando muchas ideas para su protagonista. Llegan a la cafetería del hospital y, tras llenar la bandeja, se sientan en una de las mesas.

—Mire lo que tengo —dice Íngrid metiéndose la mano en el bolsillo de la bata.

Henar se sorprende cuando la doctora deja sobre la mesa un ejemplar de su última novela.

—Vaya —dice con media sonrisa jocosa—. ¿Quiere que se lo firme?

—Por supuesto que no. Solo tengo curiosidad por saber cómo escribe. Cuando lo termine, si es que lo hago, lo utilizaré para encender la chimenea.

Henar suelta una carcajada sincera que sorprende a Íngrid, que se descubre fascinada observando a la escritora sonreír. Hay algo en esa risa franca y espontánea que hace que, por un instante, la doctora olvide su irritación.

—Estoy segura de que no lo hará —Henar se recuesta hacia detrás con una seguridad incontestable.

—Así que, además de impertinente, es usted una ególatra —opina Íngrid sin cortarse.

Si la doctora supiera que cada vez que abre la boca, su personalidad va gustando más a la escritora, probablemente se

mordería la lengua.

Cuando vuelven del desayuno, la situación cambia favorablemente para la escritora, porque la siguiente paciente la reconoce en cuanto la ve y cuando Henar le explica lo que hace allí, la mujer se muestra encantadísima de que esté presente en la consulta.

—Pues vamos a ver qué le pasa, ¿no? —le canturrea a Íngrid en la oreja para mofarse.

—Usted no va a ver nada, se va a sentar en otra silla y mantendrá la bocaza cerrada —espeta Íngrid.

Henar sonríe y obedece, aunque no se sienta, simplemente se queda en un rincón observando y tomando notas.

—A ver qué tiene aquí —dice la doctora.

La mujer, que lleva una mano envuelta en una toalla, se la quita para dejar a la vista un corte profundo que tiene en el centro de la mano.

—Vaya, ¿con qué se lo ha hecho? —pregunta Íngrid aplastándole un par de gasas para contener la hemorragia.

—Con un cristal, si es que soy tan torpe —dice mirando a la escritora.

Íngrid también la mira de reojo para asegurarse de que la sangre no impresiona a Henar, pero esta no parece inmutarse y le da conversación a la paciente mientras va tomando notas. La doctora decide no interrumpirlas porque le va bien tener a la mujer distraída mientras lo prepara todo.

—Bueno, ahora ponga la mano aquí y no la mueva, le voy a poner un poco de anestesia y después le daré unos cuatro puntos, tal vez cinco.

—¿Me va a doler mucho? —pregunta la paciente angustiada.

—Solo la anestesia, después ya no notará nada, se lo prometo.

—Espera, Íngrid —dice de repente Henar.

La doctora, que tiene la jeringa en la mano, se gira sorprendida tanto por el tono ahogado de la escritora como por el hecho de que la haya tuteado. Al verle la cara, Íngrid trata de esconder la aguja lo más rápido que puede, pero eso no evita que Henar se tambalee frente a ella porque, aunque a la escritora no le impresiona la sangre, sí que lo hacen las agujas.

—Ay, madre —exclama la paciente.

En esta ocasión, Íngrid es rápida y, tras soltar la jeringuilla, logra llegar hasta la escritora a tiempo de cogerla y ayudarla a sentarse en una silla.

—Eh, venga, espabile —dice sosteniéndole la cara mientras le toma el pulso—. ¿Se encuentra muy mal?

—No, ya está, ya se me pasa —responde Henar, todavía pálida como la pared.

—Si es que al final me va a dar usted más trabajo del que ya tengo —pone los ojos en blanco Íngrid, que se asegura de dejarla sentada y abre la puerta para parar a la primera enfermera que pasa.

La chica entra y observa a la escritora con curiosidad.

—Se ha mareado un poco. Ve a por una silla de ruedas y llévala a la calle para que le dé el aire.

—No hace falta —protesta Henar e Íngrid se agacha frente a ella.

—Escúcheme, si quiere que nos llevemos bien usted y yo, tendrá que aprender a obedecer, porque dentro de estas paredes soy yo la

que manda, y si digo que salga a que le dé el aire, usted sale. ¿Me comprende?

Henar asiente.

—Hágale caso, mujer —suelta la paciente—, que está tan pálida que casi es transparente.

CAPÍTULO 6

Íngrid acaba de terminar de comer, se ha duchado y, por fin se deja caer en el sofá después de otro día agotador soportando la sombra de la escritora, sus preguntas a veces impertinentes, su desparpajo, esa forma de comportarse como si nada le importase y lo que para ella es peor, que gran parte de los pacientes, acepten tenerla dentro de la consulta mientras ella los visita.

Le resulta agobiante saber que la tiene detrás, observando cada uno de sus movimientos o interrumpiéndola constantemente cuando habla con los pacientes. "Doctora Ribas, ¿y por qué hace eso así?", "¿Siempre utilizan ese procedimiento?", las preguntas resuenan en su cabeza como un eco molesto. Ella hace las cosas como le da la gana, y punto. Pensar en todo eso la irrita mucho, pero la irrita mucho más que su risa le resulte agradable o que los ojos se le vayan a sus manos cada vez que tiene oportunidad, porque le encantan. Y también le encantan sus curvas y el modo en el que se le derrama el pelo sobre los hombros cuando lo lleva suelto, como si fuera una cascada.

En cualquier caso, nada de todo eso compensa la soberbia de la escritora ni el descaro que ha tenido exigiendo que ella sea su guía durante estas semanas que intuye que se le harán muy largas, porque apenas lleva unos días y ya ha sentido la tentación de

estrangularla con sus propias manos o clavarle un bisturí en varias ocasiones. La imagen mental la hace sonreír con cierta malicia.

Ígrid suspira y mira la hora en el reloj de cuco que heredó de su abuela materna y que va junto a ella a cada casa a la que se muda a pesar de que le resulta muy incómodo que ese espanto de pájaro emita un sonido cada hora. Son las tres y media y esta tarde ha quedado con Vania y Arlet. La pareja se pasará por su apartamento a las cinco para tomar unas cervezas como hacen de vez en cuando y lo más probable es que —como suele suceder siempre— la cosa se alargue hasta la hora de la cena y acaben pidiendo unas pizzas.

Mira sobre la mesa auxiliar, donde reposa el libro de Henar desde que lo trajo del hospital para leerlo. Lo que no le dijo a la escritora es que, por supuesto, no lo ha comprado, sino que, se lo ha prestado Arlet, fiel lectora de Leiva. Nunca se decide a comenzarlo porque le da mucha pereza. Henar es escritora de misterio con algo de romance y a ella lo que le gusta es la fantasía o la novela histórica, pero tampoco puede permitir que llegue Arlet y vea que ni siquiera ha pasado de contemplar la portada, así que lo coge dispuesta a leer durante quince minutos para después tumbarse un poco antes de que lleguen sus invitadas.

A Ígrid por poco se le resbala el libro de las manos cuando suena el timbre de su casa. Desconcertada, alza la mirada hacia el reloj de cuco de su abuela y comprueba con una mezcla de sorpresa y deleite que de quince minutos nada, la historia la ha enganchado de tal manera, que ha avanzado por las páginas del libro igual de rápido que el tiempo.

—¡Qué fuerte! —dice con los ojos como platos mientras coloca el marcapáginas y cierra el libro algo contrariada por no haber podido terminar el capítulo en el que estaba sumergida.

El timbre vuelve a sonar y se levanta corriendo para abrir la puerta y encontrar a las dos doctoras al otro lado.

—Pasad, pasad —las invita mientras vuelve a mirar el reloj para asegurarse de que no está soñando.

No lo está, de hecho, sus amigas llegan tarde, porque ya son las cinco y cuarto.

—Pareces desorientada en tu propia casa —dice Vania observando la cara de desconcierto de Íngrid.

—Es que lo estoy —reconoce la doctora.

—¿Y eso? —Arlet frunce el ceño con preocupación.

—Me he sentado un rato a leer el libro de la tipa esta y se me ha pasado el tiempo que ni me he enterado —reconoce entre dientes.

Íngrid señala la mesa donde reposa la novela de Henar Leiva y las dos doctoras se echan a reír.

—Ya te dije que era bueno —comenta Arlet tomando asiento.

—La verdad es que no daba un duro por él, pero por ahora, reconozco que no está nada mal —contesta Íngrid de camino a la cocina.

La anfitriona vuelve con una bandeja con las tres cervezas y un par de platos de queso cortado y olivas.

—Tiene un estilo muy marcado y se le da muy bien crear ambiente de misterio, a mí me gusta mucho —sigue Arlet ojeando la portada.

—¿Tú lo has leído? —le pregunta Íngrid a Vania.

Teloy niega rotundamente.

—Lo tengo pendiente, pero la verdad es que no me llama la atención, a mí me va la novela histórica.

—Pues chica, para ser una mujer tan impertinente, hay que reconocer que escribe bien —admite Íngrid.

—¿Qué tal lo llevas? —se atreve a preguntar Arlet.

Vania quiere darle un codazo para advertirla de que no saque ese tema, pero ya es demasiado tarde.

—Mal —brama Íngrid—. Es demasiado insoportable. No puedo con su alegría permanente, siempre sonriendo y comportándose como si todo fuera un arcoíris de colores.

Sus compañeras se ríen.

—No veo nada malo en que sea una mujer positiva —comenta Arlet.

—Positiva y pesada, joder. Me sigue a todas partes, la otra mañana si me descuido se mete en el baño conmigo, tuve que cerrarle la puerta en las narices.

—A lo mejor quiere algo más de ti —arquea las cejas Vania.

La doctora Teloy lo ha dicho en broma, pero Íngrid al escucharla ha tenido que cerrar las piernas. Se queda pasmada ante su propia reacción, y también pensativa, porque a veces tiene la sensación de que Henar la mira más de la cuenta.

—Es hetero y está casada —argumenta nerviosa.

—¿Cómo sabes eso? —la pincha Vania.

—Lo pone en la solapa del libro.

—Que esté casada con un hombre no significa que tenga que ser heterosexual —mete baza Arlet.

—¿Me queréis dejar en paz? Me da igual lo que sea, jamás tendría nada con una mujer como ella. Es insoportable, punto —

trata de zanjar.

—Tú también lo eres —rebate Vania sin dejar de reírse—, solo hay que escucharte.

Íngrid la atraviesa con la mirada, pero al final también acaba riendo.

—Encima el otro día casi se me desmaya en el box. Había una paciente con un corte profundo que sangraba como una cerda y eso no le afectó, y después ve la jeringuilla de la anestesia y por poco se cae como una roca. Si es que, encima, da trabajo extra.

Arlet y Vania no pueden parar de reír a carcajada limpia imaginando la cara de estupefacción que debió poner la doctora Ribas en ese momento.

—Ahora en serio, Íngrid —dice Arlet—, lamento que tengas que hacer esto. Te aseguro que traté de que escogiese a otra doctora, pero insistió en que tenías que ser tú.

—Ya, bueno, tampoco puedo contradecir las órdenes de los de arriba. Solo espero que consiga pronto la información que necesita para su novela y se largue para no volver a verla —suspira Íngrid.

CAPÍTULO 7

Como si se tratara de un ritual ensayado, cada mañana Íngrid llega al vestuario dispuesta a cambiarse para comenzar su turno en el hospital. Sin falta, y para su disgusto, Henar la espera junto a la puerta y la doctora siente que se ha convertido en una presencia constante. Íngrid normalmente la saluda y entra con rapidez, evitando prolongar el encuentro para no darle tiempo a que le lance las habituales preguntas matutinas que tanto le molestan. Sin embargo, en esta ocasión, nota algo inusual en el ambiente y se detiene en seco.

Con ojos escrutadores, ladea la cabeza para observar con detenimiento la expresión de Henar, tratando de descifrar qué es lo que hoy la hace diferente.

Íngrid no necesita mucho tiempo para averiguarlo, porque cuando Henar levanta la vista y sus ojos se encuentran, Íngrid capta una mueca de contención en su expresión, una que hace más que evidente que no se encuentra bien.

—¿Qué te pasa? —pregunta la doctora, que ha decidido que ya es hora de dejar atrás los formalismos.

—Joder, ¿detectas el dolor en los pacientes antes de que te lo cuenten? —pregunta tratando de sonar como siempre—, eso puede ser interesante para el perfil de mi personaje.

—Yo no detecto nada, eres tú la que tiene cara de estreñida. Y no eres mi paciente, ya solo me faltaba eso —ladra Íngrid y Henar esboza una sonrisa traviesa que la pone muy nerviosa.

—De acuerdo, no soy tu paciente, pero me has dado una idea genial para el personaje.

—Me alegra serte útil entonces —responde la doctora.

Henar esboza una sonrisa suave cuando la mira, la primera que Íngrid percibe en ella como verdaderamente sincera, algo que la descoloca.

—Me has sido útil siempre, aunque supongo que no te lo agradezco todo lo que debería —reconoce la escritora antes de bajar la mirada por su cuerpo lentamente.

Íngrid le despierta una considerable curiosidad desde que la conoce y, a pesar de su carácter de ogro, que está segura de que solo emerge cuando la tiene a ella delante, a la escritora cada vez le gustan más cosas de la personalidad de la doctora, lo cual la tiene algo descolocada últimamente.

—Bueno, ¿me quieres contar qué te pasa o entro a cambiarme? —insiste Íngrid que, aunque no lo dice, está empezando a preocuparse de verdad.

—Solo es la regla. De vez en cuando hay un mes que me duele horrores, y parece que me ha tocado este —explica colocándose la mano sobre el vientre.

—Entiendo. ¿Te has tomado algo para el dolor? Porque estás bastante pálida —se preocupa la doctora.

—Sí, he tomado un antiinflamatorio antes de venir.

—¿Te puedo preguntar por qué narices has venido si te encuentras así de mal?

En esta ocasión, Íngrid no está ladrando ni pretende echarle una reprimenda, es solo que no lo entiende. Todo en el comportamiento de la escritora le resulta siempre muy confuso.

—¿Tú te quedas en tu casa cuando te encuentras mal? —le pregunta Henar a ella.

Íngrid niega con la cabeza.

—No, supongo que no.

—Pues para mí es lo mismo. Supongo que piensas que todo esto me lo tomo como un juego, que no es un trabajo real y que solo vengo para pasármelo bien y tocarte un poco las narices. Pero vivo de esto, Íngrid, es mi trabajo y me apasiona, y tengo que encontrarme muy mal para no levantarme un día y ponerme a teclear.

Íngrid se queda pasmada ante una respuesta que no esperaba y un reproche que sin duda se merece. La escritora tiene toda la razón, la ha infravalorado desde el primer día, y Henar es tan profesional como lo es ella.

—Tienes razón —reconoce para sorpresa de la escritora que, por un momento, hasta deja de sentir dolor.

—¿De verdad? —pregunta, volviendo a añadir ese tono jocoso y provocador que tanto molesta a Íngrid.

—Sí, pero no te lo voy a reconocer más veces. Ahora voy a cambiarme.

Mientras se cambia, Íngrid no puede evitar darle vueltas a ese gesto de dolor en la expresión de Henar. Por primera vez desde que la conoce, siente una punzada de preocupación que va más allá de la mera cortesía profesional. Se reprende mentalmente por ese pensamiento, recordándose que la escritora no es más que una

molestia en su rutina diaria. Pero hay algo en su vulnerabilidad de hoy que la desconcierta.

Para Íngrid la mañana está resultando un poco rara. Henar no ha abierto la boca ni una sola vez, se limita a estar ahí, sentada mientras mira y escucha, como si fuera un mueble más. A la hora del desayuno y como ya es costumbre, van las dos juntas, solo que esta vez Henar, apenas prueba bocado y se limita a beber de su café con leche mientras se toma otro analgésico.

—Deberías comer un poco —aconseja Íngrid preocupada—. No es bueno tomar pastillas con el estómago vacío.

—No me entra la comida —dice la escritora, jugueteando con el envoltorio del sobre de azúcar.

—¿Ni siquiera un yogur? Algo ligero —insiste Íngrid.

—De verdad que no puedo —responde con una mueca de dolor que intenta disimular—. El olor de la comida me está revolviendo el estómago.

—¿No se te ha pasado el dolor ni un poco?

—Todavía no, espero que con esta ya me haga efecto —contesta haciendo un mohín.

—Hay una sala de descanso para médicos y enfermeras, ya que te niegas a marcharte, deberías tumbarte un rato en el sofá hasta que mejores.

Henar alza la vista, sorprendida.

—¿Qué? Puedes ponerlo en tu libro, seguro que tu protagonista también tiene la regla —comenta Íngrid y encoge los hombros.

La escritora sonríe.

—Tumbada solo me pondré nerviosa. Prefiero estar contigo mientras atiendes a los pacientes, eso me distrae.

—Como quieras.

La mañana continúa del mismo modo que ha comenzado, Henar sigue silenciosa como un fantasma y a Íngrid le preocupa echar de menos su voz irritante.

—Doctora —le dice la paciente a la que atiende en ese momento.

—Dígame.

—La escritora no tiene buena cara, quizá debería echarle un ojo a ella antes que a mí.

A Íngrid los ojos se le abren como platos y se gira sobresaltada para comprobar que Henar, está doblada de dolor, con los codos apoyados en las rodillas.

—Mierda —masculla Íngrid—. Deme un segundo —le pide a su paciente.

La doctora se agacha frente a Henar. No necesita preguntarle porque ya sabe lo que le pasa, pero cuando le pone los dedos en el mentón y le alza la cabeza para verle la cara, se asusta de verdad al ver que está muy pálida. Por instinto, lo primero que hace es tocarle la frente para comprobar con disgusto que está ardiendo.

—Tienes fiebre, Henar —dice con un tono cariñoso que la escritora no le había escuchado nunca, lo que le eriza la piel y, por algún motivo, hace que se sienta más débil y vulnerable.

Íngrid la ayuda a levantarse y le pide que camine después de decirle a la paciente que vuelve enseguida.

—¿Hay algún box vacío? —pregunta Íngrid en voz alta una vez en el pasillo.

El doctor Asensio, que está de espaldas a ella firmando unos papeles en el mostrador central, se gira hacia ella y la mira

sorprendido.

—El uno. ¿Qué le pasa?

—Cosas de mujeres, yo me encargo. ¿Te puedes ocupar de mi paciente? Por los síntomas, parece un virus estomacal, pero no me ha dado tiempo a confirmarlo.

—Claro, yo me ocupo —dice Asensio e Ingrid entra con Henar en el box uno.

—Todo esto no hace falta, estoy bien —dice Henar con voz de ultratumba.

—¿Por qué no me has dicho que estabas peor? —la ignora Ingrid.

—Porque no quiero molestar.

Ingrid la atraviesa con la mirada y le pide que se tumbe.

—¿Tienes alguna alergia que yo deba conocer?

Henar niega con la cabeza. La doctora le pone una vía y le administra medicación tanto para la fiebre como para el dolor de vientre.

—Con lo que te he puesto deberías notar mejoría muy rápido. Intenta relajarte —Ingrid baja la intensidad de la luz y la tapa con una sábana—. Voy a la cafetería a traerte algo para que comas cuando estés mejor, necesitas algo sólido en el estómago, hazme caso.

—¿Puede ser un bocadillo de queso? —pide Henar, encogida en posición fetal.

—Sí, puede ser lo que tú quieras —accede Ingrid antes de salir.

La doctora corre hacia la cafetería como si la vida de Henar dependiera de ese bocadillo, hasta que se da cuenta de lo absurdo que es su comportamiento y ralentiza el paso cuando está llegando.

—Mira qué bien —dice la doctora Teloy apareciendo tras ella—. ¿Desayunamos juntas?

—No puedo, solo vengo a por un bocadillo para Henar.

Vania arquea las cejas y tuerce una sonrisa maliciosa.

—¿Un bocadillo para Henar? Cuánta confianza, ¿no? O espera, ya ha conseguido bajarte esos humos y ahora te has convertido en su esclava —teoriza divertida e Íngrid suelta una risotada.

—No seas gilipollas, Teloy, ni en un millón de años le llevaría el desayuno.

Vania se rasca la cicatriz y dirige la mirada hacia el bocadillo de queso que Íngrid acaba de coger.

—Esto es diferente. Se encuentra mal, de hecho, está hecha un asco con la regla, he tenido que meterla en un box y todo.

—Vaya —Vania hace una mueca con los labios—. Es una putada, pero supongo que es mejor si tienes a una doctora maciza cuidándote en exclusiva —suelta mordaz.

—Algún día le preguntaré a Arlet cómo lo hace para soportarte. En fin, no me entretengas —dice y la aparta con el cuerpo para, de nuevo, volver corriendo al box donde ha dejado a Henar.

Cuando abre la puerta, la encuentra en la misma posición que la ha dejado, aunque con la expresión más serena y una suave sonrisa de agradecimiento en los labios. Íngrid nota un repentino pellizco en el centro del pecho cuando la mira porque, por primera vez, Henar le parece humana y no una extraterrestre, y eso le gusta.

—¿Cómo estás?

—Mejor —vuelve a sonreír Henar.

Íngrid deja el bocadillo y la botella de agua sobre una silla y se acerca para tocarle la frente.

—Todavía tienes unas décimas. ¿Quieres que te lleve a tu casa cuando acabe el turno? —se ofrece la doctora.

—Te lo agradezco, pero he llamado a Octavia, mi editora.

—¿Y por qué no a tu marido? —se escucha preguntando Íngrid, que no ha podido contener la curiosidad y ahora se muere de vergüenza.

Henar la mira a los ojos con una expresión diferente. El interés de la doctora le gusta casi tanto como su mirada de color avellana.

—A mi marido quiero verlo lo justo, nos vamos a divorciar —declara para sorpresa de Íngrid, que no sabe cómo encajar esa información.

Se acaba de dar cuenta de que ha preguntado porque, en el fondo, quizá estaba un poco celosa de ese hombre, pero Henar va a divorciarse de él, y de repente la doctora siente mucho vértigo.

—Lo siento —dice sintiéndose un poco miserable, porque lo cierto es que no lo siente, se alegra.

—No pasa nada, hay divorcios a diario.

—Lo sé, pero no son agradables.

—¿También estás divorciada? —indaga Henar, que ha encontrado una pequeña brecha por la que atravesar el caparazón de la doctora.

—No, nunca he sentido la tentación de casarme.

Henar se echa a reír de manera tan espontánea que, por primera vez, contagia también a Íngrid.

—Yo tampoco creo que vuelva a casarme. Tanto papeleo y paripé, ¿para qué? Para que después sea una cornuda y tenga que gastarme una pasta en el abogado para separarme de él.

Íngrid coge el bocadillo y la botella y los alza en dirección a la escritora.

—Por las mujeres solteras —dice y se lo entrega.

—Por las mujeres solteras —repite Henar, y le guiña un ojo que le provoca un vuelco en el estómago además de una sensación que no sabe identificar, o quizás no quiere.

Se despide con un gesto profesional, desconcertada. Ha sido un día extraño, y más extraño es que no le haya disgustado del todo la presencia constante de Henar, incluso enferma. O quizás, precisamente por eso.

CAPÍTULO 8

—Los niños me estresan —dice Henar en voz baja, con la mirada clavada en la puerta del box al que tienen que entrar.

Está al lado de Íngrid, que piensa lo mismo, pero no puede decirlo.

—Todavía no ha nacido —se limita a contestar y Henar se ríe.

Acaba de llegar a urgencias una mujer embarazada con contracciones. Después de examinarla, Íngrid ha concluido que todavía le faltan unas horas, así que la deben tener controlada. Los ojos de la doctora se desvían hacia el pasillo cuando ve que se acerca la doctora Márquez.

—¿Cuándo piensa volver Heredia? —pregunta Íngrid, tensa.

Estel se detiene frente a ellas justo cuando aparece también Vania y hace lo mismo porque es la que ha llamado a Márquez para hacerle una consulta.

—Maribel volvió ayer —contesta Estel y de repente se le expande una sonrisa satisfecha que no puede controlar.

—Y parece que habéis hecho las paces —suelta Vania con las cejas arqueadas.

—Unas cuantas veces, sí —confirma Estel para espanto de Íngrid, que no se siente cómoda con esa conversación teniendo a Henar al lado, cosa que comienza a preocuparla cada vez más.

—Me alegro mucho por vosotras —dice irónica—, pero eso no responde mi pregunta. ¿Cuándo vuelve?

—Te noto tensa —dice Estel con tono burlón mientras entorna los ojos—, relájate que es viernes, Ribas. La gitana se incorpora el lunes. ¿Por qué te interesa tanto?

—Porque tengo ahí a una mujer embarazada y yo no tendría que estar ocupándome de esto, la pediatra es ella.

—¿Y eso qué tiene que ver? —pregunta Vania observando a Íngrid y su gesto tenso mientras se aguanta la risa—, esto es cosa de obstetricia. ¿Por qué no avisas al ginecólogo de guardia?

—¿Crees que no lo he hecho? Está ocupado, pero si Maribel estuviera aquí…

Estel se ríe.

—Solo es una paciente más, Íngrid —dice tratando de calmarla.

—Que no para de quejarse, ¿no la oyes?

Lo cierto es que la mujer es un poco dramática y con cada contracción grita como si la estuvieran matando, y el pobre hombre que la acompaña parece más asustado que ella.

—¡Doctora! —la escuchan gritar de repente.

A Íngrid los ojos se le abren como platos antes de moverse.

—Ojalá esté ya de parto y me la pueda quitar de encima.

Íngrid y Henar corren hacia el box ante la risa de Vania y Estel.

—¿Qué le pasa? ¿Las contracciones son más rápidas? —pregunta situándose a su lado.

—No, quiero que llame a mi marido. ¿Puede hacerlo?

Íngrid, perpleja, mira al hombre que hay sentado a su lado. Ese que le tiene cogida la mano con fuerza y que cuando han llegado la

ha besado varias veces en los labios. Confusa, se gira y busca la mirada de Henar, que está tan sorprendida como ella.

—Su marido, claro, pero…

La doctora no termina la frase porque no sabe cómo hacerlo, solo se queda mirando fijamente al hombre, que ahora le parece más un estudiante asustado.

—Andrés no es mi marido, es mi amante —aclara ella mientras se retuerce por otra contracción, aferrándose a los barrotes de la cama.

—Ah —consigue decir Íngrid, que se queda boquiabierta. El fluorescente del techo parece parpadear, haciendo que la escena resulte aún más surrealista.

—Vaya… —escucha decir a la escritora, como si estuviera imaginando la trama para una nueva novela.

—¿Y quiere usted que lo llame estando él aquí? ¿No será una situación un poco incómoda? —pregunta la doctora.

—Tal vez, pero ellos ya se conocen y mi marido más o menos lo soporta. Sé que ustedes no lo entienden, pero necesito que los dos hombres de mi vida estén aquí cuando mi hijo nazca.

Íngrid se queda petrificada, tratando de procesar lo que ha escuchado.

—Por supuesto —interviene Henar, que se arrepiente de haber solicitado permiso para que la dejaran entrar con esa paciente—. Si nos da el número, la doctora se ocupa enseguida.

La escritora tiene su bloc de notas en la mano, así que lo apunta cuando la chica comienza a decir los números entre muecas de dolor.

—Estupendo, ¿cómo se llama su marido? —pregunta al ver que la doctora sigue consternada.

—Andrés —contesta ella.

A Henar le cortocircuita el cerebro cuando va a apuntarlo.

—Disculpe, ¿ha dicho Andrés? —pregunta para asegurarse de que ha entendido bien.

—Justo eso —sisea en voz muy baja Íngrid.

—Sí —confirma la joven con una expresión extraña, que mezcla un intento de sonrisa que se ve mermado por una mueca de dolor tras una nueva contracción.

A la escritora le entra un escalofrío.

—¿No es increíble? —dice la paciente mirando a Andrés, su amante—, me ha costado convencer a mi marido, pero finalmente, mi hijo también se llamará Andrés.

Henar considera que no necesita apuntar el nombre, duda que se le olvide en lo que le queda de vida.

—Pues ahora mismo llamamos a Andrés, a tu marido —aclara Henar y coge a Íngrid de la mano y la arrastra fuera del box.

—Esto es muy perturbador —dice la doctora mientras se masajea las sienes—, no sé si debería avisar al psiquiatra de guardia para que baje y hable con ella, por si acaso.

El eco de los gritos de la paciente resuena en el pasillo mientras Henar estalla en una carcajada histérica, fruto del impacto que le ha producido la historia de la paciente y el pensamiento de la doctora.

—No sé si es labor tuya determinar si está cuerda. Son tres adultos que al parecer están de acuerdo —dice Henar cuando se calma.

—No lo digo por ellos, lo digo por ese pobre niño. ¿Qué pasará cuando nazca? Criado entre el marido y el amante y una madre que solo sabe decir Andrés. Dios mío, qué espanto.

Henar no puede dejar de reírse, le parece tan cómico que igual incluye una anécdota parecida en su libro.

—Joder, tengo calor —dice y se abanica con la mano.

Los ojos de Íngrid viajan hacia su escote sin que pueda controlarlos. No sabe si es antojo suyo, pero tiene la impresión de que, en los últimos días, Henar se viste de un modo más provocador, al menos, ella se siente provocada a todas horas.

—A ver, dame ese número para que llame al marido cornudo y el trío se complete por fin —dice para centrarse en algo que no sea la escritora.

—Suerte —Henar le entrega su bloc de notas con el número apuntado.

Íngrid lo coge y saca su teléfono, mientras espera a que Andrés el cornudo conteste, se fija en otras cosas apuntadas en la misma hoja. Datos dispersos, frases sueltas sin ningún tipo de orden, palabras rodeadas por un círculo, otras tachadas, pero solo una llama su atención: su nombre.

La escritora no tarda en reaccionar, le ha dado el bloc de notas y ha olvidado que cada día, suele apuntar algo sobre Íngrid, pero para cuando se lo arranca de las manos, es demasiado tarde y la doctora ha tenido tiempo de leerlo.

Íngrid está especialmente guapa con ese recogido.

Es una frase simple, pero a Íngrid le provoca un hormigueo en el centro del pecho y le calienta el corazón como hacía mucho tiempo que no le pasaba. Trata de disimular, ni siquiera se queja cuando

Henar le quita el cuaderno, lo que le confirma a la escritora que lo ha leído.

Por suerte para ambas, la tensión se rompe cuando el marido cornudo de la paciente contesta al teléfono. Íngrid le explica la situación y el hombre, nervioso, asegura que no tardará en llegar.

El resto de la mañana pasa rápido, Íngrid no puede atender a más pacientes porque la suya requiere toda su atención, quejándose a todas horas o asegurando que ya viene cada vez que tiene una contracción. Henar y ella asisten con asombro a la tensión entre el marido y el amante. Por lo visto, la única que está contenta con ese extraño juego a tres bandas es ella, porque ellos solo lo aguantan porque la quieren, al parecer mucho.

—Es increíble —dice Íngrid en voz baja, sin salir de su asombro.

—Si no fuera porque me da repelús y siento lástima por ellos, podría escribir una trama solo con esto —dice Henar.

—Yo no podría leer un libro así, me pondría histérica. En fin, que el siguiente se coma el marrón, nosotras ya hemos acabado por hoy —anuncia la doctora comprobando la hora.

Henar suspira de alivio cuando Íngrid se despide de la paciente y le desea mucha suerte con el parto. Ambas salen del box y se miran, sintiendo que ha sido una mañana agotadora.

—¿Me dejas que te invite a cenar esta noche? —pregunta la escritora sorprendiendo a Íngrid.

—¿A mí? —pregunta estúpidamente.

—Sí, claro —Henar se ríe—. No tienes ningún espíritu al lado al que me esté dirigiendo.

—No sé —duda la doctora y eso la perturba, porque hace tan solo una semana, se habría negado de manera categórica.

—Venga, déjame demostrarte que no soy tan estirada como te piensas.

—Eso lo veo complicado —ataca de manera gratuita, aunque a Henar no le importa, está acostumbrada y, además, ese carácter borde de la doctora fue la primera cosa que le atrajo de ella.

—Entonces tómatelo como una compensación por haberme cuidado el otro día.

Íngrid nota un cosquilleo al recordarla tumbada en la camilla, aquella forma dulce de mirarla de la escritora se le ha grabado a fuego en la memoria y ahora orbita en su cabeza junto a la frase que ha leído en su bloc de notas: *Íngrid está especialmente guapa con ese recogido*.

De manera inconsciente, se toca el pelo para asegurarse de que el recogido sigue perfecto.

—Está bien —acepta finalmente.

—Genial. ¿Qué comida te gusta? Espero que no me digas que eres delicada, porque a mí me gusta comer como una cerda —suelta la escritora y se mira el cuerpo—. Estos kilos de más no están aquí porque sí, eso te lo aseguro.

La doctora no puede contener una sonrisa sincera, de esas que nacen de las entrañas. Porque le gusta que Henar esté contenta con su cuerpo, y a Henar le gusta que Íngrid sonría, porque le sale un hoyuelo en la comisura izquierda que a la escritora le parece encantador y sexy.

—¿Te recojo a las nueve? —pregunta Henar.

—De acuerdo, pero ¿qué hay de tu marido?

Íngrid no ha podido evitar preguntarlo.

—No creo que le importe, seguro que está con alguna de sus amiguitas, y si está en casa, también me da igual —zanja la escritora.

Íngrid se ha dejado llevar, dejando que Henar sea la que escoja el lugar de la cena alegando que ella también come de todo. Se ha subido en el coche de la escritora hecha una bola de nervios, pensando que estaría tensa toda la velada, que no sabrían de qué hablar y que, al final, solo serviría para que su relación se volviera más incómoda. Sin embargo, ha sucedido justo lo contrario, Henar se ha encargado de rellenar el vacío con una conversación tan agradable que, al final, Íngrid ha logrado relajarse y también se le ha soltado la lengua.

—Bueno, no ha estado mal —reconoce cuando salen por la puerta del restaurante.

—Pues claro que no —dice la escritora—, pero podría estar mejor. ¿Qué te parece si vamos a tomar una copa y a bailar un poco? Hace mil años que no salgo.

Íngrid se queda tiesa mientras busca en su cabeza alguna excusa para rechazar la oferta.

—No seas sosa —le da un codazo Henar sin darle tiempo a pronunciarse—. Es viernes, y hemos tenido una mañana de mierda, nos lo merecemos.

—Está bien, una copa nada más, que a mí lo de trasnochar no me va nada. Después me levanto al día siguiente como si me hubiera atropellado un tren de mercancías.

—De acuerdo —acepta la escritora torciendo una sonrisa que a Íngrid no le gusta.

—¿Qué? —pregunta arqueando una ceja.

—Que eres una muerma, ¿qué edad tienes? ¿Setenta?

—No me provoques que me largo —la amenaza con el dedo, pero Henar sonríe, la coge de la mano y tira de ella obligándola a caminar.

Ambas tienen la misma sensación cosquilleante al notar el contacto de la otra. Es la primera vez que se tocan así y Henar se asusta cuando el calor y la suavidad de la piel de Íngrid le provocan un estremecimiento. Sigue caminando mientras se pregunta cuánto tiempo hace que no tenía sensaciones como esa, y no es que no lo recuerde, es que está segura de que con su marido, jamás llegó a sentir nada parecido con un gesto tan simple.

Una hora más tarde, las dos mujeres bailan como locas en uno de los locales más conocidos de la ciudad. Íngrid, mientras se mueve tratando de seguir el ritmo de Henar, se sorprende al darse cuenta de que no solo se alegra de haberse dejado convencer por la escritora, sino que, además, no tiene ganas de que la noche acabe porque hacía mucho tiempo que no se lo pasaba tan bien con nadie haciendo algo tan simple y básico como bailar.

—Te mueves mucho mejor de lo que esperaba —le grita Henar al oído, aprovechando la excusa para colocar las manos en la cintura de la doctora de manera deliberada.

Íngrid le sonríe, agotada y acalorada, y deja de moverse para recuperar el aliento. Henar la imita y ambas quedan tan cerca la una de la otra, que de repente sienten que están solas en medio de la pista. Henar, sin darse cuenta, clava la mirada en los labios de Íngrid y entreabre los suyos. Le falta el aliento, pero no es por cansancio, es porque la desea. La doctora hace el mismo gesto y, por un instante, está tentada de tomar la iniciativa y devorar esa boca en la

que empieza a pensar demasiado, pero su lado racional se lo impide. Porque Henar, aunque su matrimonio esté acabado como ya le ha insinuado en un par de ocasiones, sigue casada. Y la doctora no sabe si eso es así porque en el fondo tiene la esperanza de que las cosas con su marido se arreglen o por algún otro motivo, y no puede arriesgarse a ser esa persona con la que Henar tenga una aventura por despecho.

—Es mejor que nos marchemos ya —dice la doctora sin dejar de mirarle la boca.

Henar tiene el corazón en la garganta y una pulsión desquiciante entre las piernas, pero, aunque se muere de ganas de besarla, acepta porque lo último que quiere ahora que su relación con Íngrid está mejorando, es hacer algo que provoque que la doctora salga huyendo.

CAPÍTULO 9

Ese sábado por la mañana, a Henar la despierta la alarma de su móvil a las nueve en punto. Se incorpora descolocada, sin comprender por qué le suena si ella solo la tiene programada entre semana, hasta que recuerda que la puso porque ha quedado para desayunar a las diez con Octavia.

—Joder —se lamenta y mira hacia su izquierda, donde su marido duerme a pata suelta y ronca despreocupado.

Cuando Henar llegó, él todavía no había vuelto a casa y, en lugar de molestarle como las últimas veces, sintió alivio por no tener que verlo. No le apetecía en absoluto, ni le apetece ahora, ni después cuando vuelva de desayunar con Octavia.

Se levanta y pone la cafetera mientras se da una ducha rápida. Después coge la ropa sucia de la habitación sin preocuparse de no hacer ruido. La lleva al cubo junto a la lavadora y, antes de echarla dentro, la olfatea como un perro. Huele a una mezcla de su perfume y el de la doctora, y el recuerdo de la noche anterior la envuelve en una especie de nostalgia que hace que se dé cuenta de lo mucho que le gustaría repetirlo. Deja caer la ropa y vuelve a la habitación, dispuesta a no demorar más lo que sabe que debería haber hecho hace tiempo.

—Álvaro, despierta —dice encendiendo la luz sin contemplaciones. El resplandor repentino ilumina la habitación como

un fogonazo, tanto, que incluso ella queda cegada.

Su marido gruñe y se retuerce antes de gritarle que la apague, cubriéndose los ojos con el antebrazo.

—No pienso apagarla, quiero hablar contigo —declara con una firmeza que la sorprende incluso a ella misma.

Henar descorre la cortina y sube la persiana, dejando que los rayos potentes de sol inunden la habitación sin piedad.

—Joder, Henar —se queja Álvaro—. ¿Qué coño quieres? —pregunta sentándose en la cama.

—Que te largues.

—¿Cómo dices? —su marido parece despertarse de golpe y se pasa las manos por los ojos legañosos.

—Ya me has escuchado. No pienso aguantar esto ni un solo día más. El apartamento es mío, así que recoge tus cosas y lárgate a casa de alguna de tus amiguitas o con tus padres, no me importa, pero no te quiero aquí cuando vuelva de desayunar con Octavia.

—Espera —trata de apaciguar él, que para nada se esperaba que su mujer lo echara de casa—, me parece que estas no son maneras, deberíamos hablar…

—No hay nada que hablar —lo interrumpe la escritora, parada frente a la cama mientras se pregunta con rabia por qué ha aguantado tanto tiempo a ese impresentable—. Debería haberte echado hace meses, pero supongo que estaba acomodada, o no sé, quizá pensaba que las cosas se arreglarían solas o tú mismo tendrías la decencia de marcharte por tu propio pie —sonríe con amargura.

—Es que podemos arreglarlo, Henar —dice Álvaro muy manso.

—Tal vez, pero es que me he dado cuenta de que no quiero arreglar nada contigo. No voy a repetirlo, Álvaro, te quiero fuera de

aquí cuando vuelva. Mi abogado se pondrá en contacto contigo para el tema del divorcio, y por favor, no lo compliques, ya lo tengo decidido.

Henar sale de la habitación, coge su bolso y las llaves del coche y sale de su casa sin tomarse el café que se había preparado.

Llega a la cafetería donde se ha citado con Octavia un poco antes de hora y se sienta en una de las mesas de la terraza, con las gafas de sol puestas porque el sol le agudiza el dolor de cabeza que tiene, fruto de haber trasnochado y las dos copas que se bebió con la doctora Ribas.

—Qué puntual —dice Octavia cuando llega y se sienta frente a ella.

—Ya ves, hoy he sido muy productiva. Me he levantado a las nueve, me he duchado, he echado a mi marido de mi casa y me ha sobrado tiempo para llegar a nuestra cita antes que tú.

Octavia parpadea sorprendida.

—¿De verdad lo has echado? —pregunta sin esconder una sonrisa de satisfacción.

—Sí, ya sé que debería haberlo hecho hace tiempo, pero lo he hecho hoy y punto, no quiero hablar más de eso —zanja la escritora.

—De acuerdo —Octavia se lo concede, sabiendo que Henar tiene su propio ritmo para hacer las cosas y hablará sobre el tema cuando le apetezca hacerlo—. Hablemos entonces del libro. Anoche no me pasaste ningún capítulo y…

—Anoche salí —dispara Henar y la boca de Octavia se abre como la de un pez boqueando.

—¿Saliste? —pregunta sorprendida.

—Sí, con la doctora Ribas.

—Ajá —contesta Octavia, que no sabe qué más decir.

Henar se queda callada, pensativa, rememorando toda la noche y la suma de los momentos que ha pasado con la doctora en el hospital, sobre todo los últimos.

—No sé si es buena idea que siga con esto, Octavia —suelta y se quita las gafas de sol dejándolas sobre la mesa antes de masajearse las sienes con lentitud.

—¿Seguir con qué?

—Documentándome en el hospital, quizá deberíamos cancelar ya el acuerdo, ya me las apañaré con lo que falta.

A la editora casi se le desencaja la mandíbula.

—Pero ¿qué estás diciendo, Henar? Si la historia es maravillosa y tú misma me estás diciendo que cada día que pasas junto a la doctora te aporta ideas nuevas. La protagonista tiene mucha fuerza y un gancho increíble, no puedes parar ahora.

Henar aspira aire de manera tan profunda, que Octavia ve asombrada como se le va inflando el pecho de forma exagerada para después desinflarse como un globo.

—A ver, Henar, porque a lo mejor me estoy perdiendo algo. Este cambio de pensamiento, ¿a qué viene?

—A Íngrid.

—¿La doctora? —frunce el ceño Octavia.

—Sí.

—¿Qué pasa con ella? —trata de comprender la editora.

—Yo qué sé, estoy muy confundida —Henar se termina el café y pide que le sirvan otro muy cargado.

—Yo sí que estoy hecha un lío, ¿qué es lo que te tiene confundida? —insiste la editora.

—Lo que siento por ella.

Octavia parpadea siete veces y se alegra de no tener el café en las manos en ese momento, porque se le habría caído.

—Ay, madre —dice sorprendida—. ¿Te gusta la doctora? ¿Es eso lo que me estás diciendo?

—Tal vez. Al principio solo la veía como a una profesional muy borde en la que inspirar mi personaje, pero desde hace varios días la veo de otra manera, me fijo en cosas que no debería y sonrío más de la cuenta. La verdad es que me siento bastante tonta últimamente cuando pienso en ella.

—No entiendo —Octavia se rasca la sien izquierda.

—Me cosquillea todo el cuerpo cuando estoy con ella, Octavia, ¿eso lo entiendes mejor?

Tras el pasmo inicial, Octavia sonríe y se relaja.

—Vamos, que te estás enamorando de la doctora. Joder, eso no es tan malo, Henar, ni motivo para que dejes el trabajo a medias.

—Ah, ¿no? —Henar la mira sorprendida.

—Por supuesto que no. Dime una cosa, ¿tan malo sería que tuvieras algo con ella?

A la escritora se le calienta el pecho solo de pensarlo.

—Bueno —suelta una risilla histérica—, dudo que Íngrid quisiera tener nada conmigo, en el fondo, no me soporta. Si vieras cómo resopla cuando me acerco, para ella soy como un grano en el culo.

—¿Y por qué salió contigo ayer?

Henar duda unos segundos.

—Porque tuvimos una mañana de mierda con una parturienta trastornada y la convencí de que necesitábamos desconectar —contesta al fin.

—Eso de la parturienta me lo tienes que contar después —toma nota Octavia—, pero volviendo al caso que nos ocupa, si yo no soporto a alguien, no salgo con esa persona por muy malo que haya sido mi día. No tiene mucho sentido.

—Sí, tal vez —secunda Henar.

El silencio las envuelve unos segundos, pero Henar necesita seguir hablando de Íngrid y sacar todo lo que tiene dentro.

—Creo que estuvo a punto de besarme —suelta de repente y Octavia la mira fijamente antes de estallar de la risa.

—Vamos a ver, Henar, porque me estás volviendo loca. Primero dices que te odia y ahora que estuvo a punto de besarte. Entiendes que son cosas contradictorias, ¿verdad? O eso o la doctora es una mujer muy extraña y perturbada.

Henar también se ríe.

—Sí, supongo que tienes razón.

—¿Por qué no te besó?

—No lo sé, supongo que tuvo miedo, qué sé yo, es tan impredecible que no me atreví a preguntarle, lo único que quería era que la noche terminase bien, sin discutir.

—Comprendo —miente, porque Octavia en realidad, no está entendiendo nada—. ¿Y por qué no la besaste tú?

—Te lo acabo de decir, no quiero asustarla, Octavia, me ha costado mucho que me acepte y no me gruña a todas horas.

—Está bien. ¿Y qué piensas hacer ahora? Porque dejar de documentarte no es una opción, profesionalmente hablando quiero decir. ¿Vas a decirle lo que sientes?

—No tengo ni idea —contesta la escritora—, por hoy, de lo único que me voy a preocupar es de que Álvaro se haya marchado cuando

vuelva a casa.

CAPÍTULO 10

Si Henar estuvo pensando en Íngrid todo el fin de semana, la doctora no ha sido menos. Se ha pasado los dos días agobiada, con un nudo en la boca del estómago sin dejar de darle vueltas a ese momento en el que estuvo a punto de besar a la escritora. Las imágenes de esa noche se han repetido en su mente como una película en bucle.

Cada vez que piensa en ello, un cosquilleo repentino e incontrolable le oprime el pecho poniéndola muy nerviosa. Íngrid no quiere que vaya más allá, no necesita meterse en líos con una mujer casada que no sabe lo que quiere, y no se le ocurre la manera de que ese sentimiento que le quema el pecho deje de crecer si la está viendo cada día. Agobiada, la doctora camina de un lado a otro del pasillo del hospital mientras espera a que Vania salga de la consulta y reza para que lo haga antes de que Henar, quien acaba de ir al baño, salga y ya no pueda quitársela de encima en lo que queda de turno.

—Por fin —exclama al verla y la coge de un brazo.

—¿Qué haces? —pregunta Vania posando su mirada intimidante sobre la mano de la doctora Ribas.

Cualquier otra persona la habría soltado de inmediato, pero no Íngrid, que se parece tanto a ella, que sabe a ciencia cierta que Vania ladra, pero no muerde.

—Necesito que me ayudes —dice y la arrastra hasta la farmacia de urgencias, el único lugar vacío que ha encontrado y donde sabe que la escritora no va a poder encontrarla por mucho que la busque.

—Me estás dando un poco de miedo —dice Vania cuando Íngrid cierra la puerta después de cerciorarse de que Henar no las ha visto meterse dentro—. ¿Qué te pasa? —Vania frunce el ceño—, pareces una histérica.

—Tienes que ayudarme a convencer a tu mujer para que me quite a la escritora de encima —dice Íngrid finalmente.

Vania parpadea confusa.

—Pensaba que esto ya estaba aclarado. Ya sabes que, al final, Arlet es solo una intermediaria y la decisión viene de la junta —le recuerda Vania.

—Me da igual, ella puede convencerlos de que Henar ya ha pasado aquí el tiempo suficiente como para documentar una saga interminable.

A Vania no le saltan las alarmas porque Íngrid esté nerviosa, le han saltado cuando su amiga se ha referido a la escritora por su nombre.

—¿Qué es lo que pasa, Íngrid? ¿Se ha pasado de lista? Porque si es eso, Arlet sí que puede intervenir.

—No, no es eso —la doctora Ribas suspira acalorada, de nuevo recordando ese momento mientras bailaban, cuando estuvo tan cerca de Henar que sentía su aliento cálido en la cara.

—¿Y qué es? —Vania da un paso cauteloso hacia ella.

—El viernes me invitó a cenar y después me convenció para ir a bailar un poco. A mí, ¿te lo puedes creer?

Vania se ríe.

—¿Y que te convenciera para salir es malo? —la doctora Teloy no entiende nada.

—Eso a lo mejor no, pero estuve a punto de besarla y eso es terrorífico —confiesa Íngrid.

—¿Estabas borracha? —suelta Vania con los ojos muy abiertos.

—¿Por qué tenía que estar borracha? —Íngrid frunce el ceño.

—Pues no sé, para que sintieras ese impulso, porque, de otra manera, no entiendo que quieras besar a una persona a la que no soportas. A no ser —Vania entorna los ojos y comienza a dibujar una sonrisa socarrona que hace resoplar a Íngrid—, que hayas empezado a soportarla y no me lo hayas dicho.

—Es posible —Íngrid carraspea.

Vania vuelve a reírse de manera maliciosa.

—Es posible —repite Teloy—. ¿Y también es posible que la escritora te guste?

—Quizá.

—Quizá —repite y asiente—. Es decir, ¿te has pillado por Henar Leiva y ahora quieres que Arlet te la quite de encima para olvidarte de ella? —resume Vania.

—Algo así, sí.

—¿Y por qué quieres olvidarte de ella? La tía es guapa, inteligente y por lo que parece, tú también le gustas —enumera Teloy-

—Porque está casada, Vania, ¿se te ha olvidado?

—Ah, es verdad. Eso es un problema, sí —concuerda la doctora —, y una putada.

—Exacto.

Vania se acerca a Íngrid.

—¿Cómo ha pasado?

La doctora Ribas cabecea.

—No tengo ni idea, te juro que no lo he visto venir. Han sido pequeñas cosas, supongo. Al principio tenía ganas de matarla cuando la veía y de repente un día…

—Tenías ganas de empotrarla —suelta Vania sin poder contenerse.

Íngrid la mira con espanto, pero después acaba riéndose.

—Sí, exacto, justo eso. Ahora en serio, Vania, no puedo seguir con ella todo el día por aquí siendo mi sombra. Me volveré loca y después Henar terminará de documentarse, desaparecerá y yo me quedaré hecha una puta mierda.

—¿Ella sabe que te gusta?

—Supongo que sí, ella también estaba muy predispuesta cuando estuve a punto de besarla. Se va a divorciar, ¿sabes? O eso me dijo hace unos días.

—Joder, Íngrid, pero eso cambia las cosas —opina Vania.

—No veo en qué. Que diga que va a separarse no significa que lo haya hecho y, aunque lo haga, ¿yo qué sería? ¿El parche para curarle la herida?

—Me parece que estás haciendo una montaña de un grano de arena, Íngrid. Hablas de cosas que no han pasado y que no sabes. Si esa mujer te gusta, díselo directamente porque otra cosa tendrás, pero pelos en la lengua no tienes ninguno.

Íngrid se ríe.

—Mira la que habla.

—En serio —a Vania le cuesta contener la risa—, habla con ella, dile lo que sientes y pregúntale si estáis en el mismo punto, así al

menos sabrás por dónde van los tiros.

—Prefiero quitarme del medio, Vania. Por mucho que yo pueda gustarle, está casada y algún sentimiento debe quedarle por el marido, ¿no?

Vania resopla.

—Está bien, haz lo que consideres.

—Lo que considero es que tengo que alejarme de ella antes de que esto vaya a más y esa mujer siga encantándome con sus artimañas de seducción. ¿Hablarás con Arlet? —pregunta casi suplicando.

—Hablaré con Arlet, pero no te hagas ilusiones.

Cuando salen de la farmacia, Vania gira hacia la izquierda para aprovechar que todavía tiene algo de tiempo y subir a ver si puede ver a Arlet. Ingrid gira a la derecha en dirección a urgencias, para terminar viendo a Henar en medio del pasillo, mirando por todas partes como si fuera una niña que acaba de perder de vista a sus padres en medio de la feria del pueblo. Le produce una sensación tan enternecedora, que siente ganas de correr hacia ella y abrazarla, pero no lo hace. Ingrid se acerca, fría como un témpano, y le dice que la siga para ver cuál es su siguiente paciente.

Vania encuentra a Arlet por los pelos, justo cuando salía del despacho para ir a una reunión.

—¿Es muy urgente? —pregunta la directora.

—Supongo que no —dice Vania con ese aire de misterio que desquicia tanto a Arlet.

—Ahora me has intrigado —Arlet la coge de un brazo y la arrastra dentro del despacho.

Vania sonríe victoriosa.

—¿Qué pasa? Y quita esa cara —la advierte Arlet amenazante y Vania vuelve a reír.

—¿Crees que puedes hacer algo para rescindir ya ese acuerdo de la escritora con el hospital? No sé, alguna excusa como que ha tenido tiempo suficiente o que su presencia distrae al personal.

—Ya sabes que no depende de mí, cariño. ¿Qué es lo que pasa ahora? Pensaba que Íngrid estaba más tranquila.

—Y lo está, tan tranquila que se está enamorando de ella, y Henar está casada, Arlet, ya lo sabes.

—Joder —parpadea perpleja—. ¿De verdad le gusta?

—Eso parece, y estar todo el día con ella no la ayuda.

—Lo entiendo, pero no puedo hacer nada, Vania, la junta fue muy clara con respecto a este tema, y el acuerdo está firmado. Salvo que Leiva incumpla alguna cláusula, puede estar aquí el tiempo que necesite.

—Pues esperemos que no le quede mucho para documentar esa novela o cuando se vaya dejará a Íngrid hecha polvo.

CAPÍTULO 11

Ya ha pasado una semana desde que Íngrid habló con Vania y esta, a su vez, con Arlet, pero la directora no ha conseguido nada y Henar Leiva sigue siendo su sombra. Los pasillos del hospital se han convertido en un campo minado donde cada encuentro es una pequeña batalla contra sus propios sentimientos. Íngrid ha tratado de cambiar su actitud, de mostrarse fría como al principio, de no reírse de sus bromas, no seguirle la conversación o que no le estalle el corazón cuando se rozan. Sin embargo, la mayoría de las veces no lo consigue.

—Buenos días —dice lo más seca que puede, cuando llega y se encuentra con Henar esperándola en el pasillo, apoyada contra la pared con esa pose despreocupada que tanto la desconcierta.

La escritora simplemente le sonríe y le hace un gesto de cabeza. Ella no se rinde, por mucho que la doctora se esfuerza en alejarla, se sigue comportando igual y no se desmorona como un castillo de naipes cada vez que rechaza una oferta para comer o tomar algo, ni cuando Íngrid desvía la conversación en el desayuno a cosas banales cada vez que Henar intenta entrar en el terreno personal, tampoco cuando la doctora desaparece puntual cuando acaba su turno como si la esperasen en otro sitio, sin darle la oportunidad ni una sola vez, de tener una conversación donde explicarle que, aunque le está haciendo la vida imposible llamándola y escribiéndole a todas horas,

su marido ya no vive con ella y está en trámites de divorcio. Algo que, sin duda, debió hacer mucho antes, porque, a pesar del estrés que le provoca la insistencia de Álvaro en que deben arreglarlo, se siente muy liberada, como si se hubiera quitado un enorme peso de encima que llevaba arrastrando tontamente demasiados meses.

Y pese a todo eso, a los intentos de Íngrid por mantener la distancia entre ambas, la atracción entre ellas sigue creciendo hasta el punto de que, en ocasiones, es insoportable. Por eso a Henar casi le explota la cabeza cuando Íngrid le cuenta sus planes para el jueves y el viernes.

—Mañana y pasado no hace falta que vengas, tengo que asistir a un congreso médico que tenía planeado desde hace tiempo —dice la doctora mientras desayunan.

Henar deja su bocadillo de jamón sobre el plato y bebe agua para tratar de tragar el bocado que tenía en la boca porque se le ha cerrado la garganta.

—¿Los dos días? —pregunta mientras la mente le trabaja a toda prisa.

Si la doctora va al congreso jueves y viernes y sabe que ese fin de semana lo tiene libre por completo, significa que estará cuatro días sin verla, y de repente siente vértigo.

—Sí, son dos partes, un día hablan unos cuantos ponentes y al siguiente los demás —Íngrid es muy parca en palabras porque quiere darle la información justa.

—¿Y dónde es? —indaga la escritora.

Íngrid levanta las cejas.

—No te lo pienso decir.

—¿Por qué no? —Henar frunce el ceño.

—Porque te conozco y eres capaz de seguirme, y lo que yo hago fuera del hospital, no entra dentro del acuerdo que has firmado.

Henar lo intenta, pero no puede evitar que la comisura izquierda de sus labios comience a curvarse hacia arriba, algo que a Íngrid le parece un gesto enloquecedor por parte de la escritora y la pone muy nerviosa.

—Lo sabía —dice tensa—, ni se te ocurra aparecer por allí. ¿Me oyes? —le advierte señalándola.

Henar no contesta porque su mente sigue repitiendo lo que Íngrid ha dicho hace un momento de manera distraída: *te conozco*. Dos palabras muy simples, pero que para ella significan mucho porque lo cierto es que sí, en este tiempo la doctora ha sabido leer muy bien a Henar y, en ocasiones, no necesita que abra la boca para adivinar lo que piensa, y ese tipo de conexión, la escritora no la ha sentido nunca con nadie.

—Tranquila, aprovecharé para adelantar con la novela —dice Henar.

—Eso, a ver si la acabas de una vez —suelta Íngrid con tono despiadado y después baja la mirada, consciente de que deshacerse de la escritora era algo que solo deseaba al principio y que ahora la idea de no verla le provoca ansiedad cada vez que piensa en ello.

—No sé por qué te esfuerzas tanto en demostrarme lo contrario cuando las dos sabemos que te gusto —suelta Henar cogiendo a Íngrid desprevenida.

La doctora le clava la mirada y frunce el ceño, tratando de encontrar un argumento que contradiga a la escritora, pero no lo halla. Henar le gusta, y le gusta mucho.

—Se acabó el tiempo de desayunar, levanta el culo —ordena la doctora poniéndose en pie casi de un salto.

—¿Lo ves? —sigue Henar, lanzada—. Hace un mes me hubieras tachado de ególatra, pero ahora no lo niegas, simplemente, cambias de tema.

Íngrid se detiene en seco, rabiosa porque no soporta que la escritora tenga razón, ni tampoco esa manera de actuar que tiene, coqueteando con ella de manera despreocupada mientras está en pleno proceso de divorcio. A la doctora le cuesta mucho comprender ese tipo de actitud, aunque le resultaría mucho más fácil si dejase hablar a Henar, pero el miedo a escuchar algo que le duela, no se lo permite.

—Eres atractiva, eso lo reconozco —ladra mientras se la come con la mirada—, pero eso no significa que tengas que gustarme, así que deja de montarte películas.

Satisfecha con su argumento, Íngrid se da la vuelta y reanuda el paso, hasta que la escucha de nuevo.

—Sí que te gusto —dice Henar a su espalda utilizando un tono pedante que desquicia a la doctora—, y tú a mí también, pero no pasa nada, soy paciente y puedo aguantar que seas una cobarde que todavía no se atreve a enfrentarse a lo que siente.

A Íngrid el corazón se le desboca y el pulso le retumba en los oídos. Esta vez no se atreve a girarse ni a enfrentarse a la mirada penetrante de la escritora, así que, simplemente sigue caminando como si no la hubiera escuchado a pesar de que le arde todo el cuerpo y no consigue concentrarse. Sus pasos resuenan con fuerza por el pasillo mientras contiene el impulso de darse la vuelta y cerrarle esa bocaza con un beso.

CAPÍTULO 12

A pesar de que ya ha asistido a muchos congresos, Íngrid está incómoda mientras espera a que se abran las puertas del auditorio y les dejen pasar para sentarse. El día le resulta muy extraño porque, de algún modo, se ha acostumbrado a ver a Henar cada mañana y ahora la echa de menos, aunque le moleste reconocerlo. Habla con algunos conocidos mientras espera hasta que, finalmente, se acerca la hora del inicio y las puertas se abren. Íngrid, como suele hacer siempre, se sienta en las últimas filas cerca de la puerta, sola, para tomar notas tranquila y poder salir y entrar sin molestar mucho si tiene que ir al baño o simplemente está agobiada y necesita cinco minutos para tomar el aire.

Silencia el teléfono, deja el bolso en uno de los asientos de al lado y coge su bloc de notas y un bolígrafo cuando nota que alguien se le sienta justo al lado izquierdo. El olor de su perfume le llega antes de que pueda levantar la mirada y le estremece todo el cuerpo, porque sabe que es ella.

—¿Qué coño haces aquí? —pregunta sorprendida cuando Henar la mira con una sonrisa satisfecha.

—Hola a ti también, doctora —saluda burlona.

—Te he hecho una pregunta, ¿cómo has sabido dónde estaba?

—Octavia, mi editora, es capaz de conseguir cualquier tipo de información, si algún día necesitas saber algo, habla con ella —

asegura despreocupada.

Íngrid la mira, perpleja.

—Te dije que no vinieras —espeta indignada.

—Esto forma parte de mi proceso de documentación; no puedes prohibírmelo.

A la doctora le molesta mucho su desfachatez, y también que no le haya dado su espacio, pero sobre todo le molesta que, en el fondo de su ser, está contenta de que Henar esté allí.

—¿Y la entrada? Hace falta ser facultativo para poder asistir a este evento.

Henar coge el pase que le cuelga del cuello y le da vueltas entre los dedos con una sonrisa satisfecha.

—Conseguí que me dejaran ser tu sombra en el hospital, ¿crees que a Octavia le ha costado mucho conseguir este pase?

Íngrid resopla.

—¿Octavia siempre te resuelve los problemas? ¿O hay algo que hagas por ti misma? —dispara la doctora, movida por esa rabia extraña que ni siquiera ella misma es capaz de comprender de dónde procede.

A Henar no le sienta bien el comentario, pero encaja el golpe como puede y se muestra inalterable.

—Me resuelve todos los problemas que tienen que ver con el trabajo, para eso cobra —suelta dolida—, y ahora presta atención o te perderás estas charlas tan interesantes.

Henar señala el escenario, donde ya han presentado al primer ponente, que habla mientras señala la presentación que tiene en la pantalla.

Íngrid, molesta porque Henar no haya respetado su intimidad, decide ignorarla como a un mueble y se pasa toda la mañana tomando notas y saliendo y entrando sin decirle nada. Henar aguanta estoica, aunque el comportamiento de la doctora le duele como si le clavaran una espada afilada, en el fondo, ella también está trabajando y va tomando apuntes sobre algunos datos que le parecen interesantes.

Cuando llega la hora de comer, la doctora se va con varios de sus colegas a un restaurante cercano. Henar lo entiende, ni siquiera, aunque la doctora le hubiera permitido asistir al congreso, habría podido acompañarla porque no pinta nada con ellos, pero le duele mucho su indiferencia y que no se moleste en despedirse de ella.

—Me odia —le dice a Octavia cuando la llama después de haberse comido un bocadillo en un parque cercano al congreso.

—Bueno, un poco incordio sí que eres, Henar, reconócelo. Te dijo que no fueras y estás ahí, la pobre mujer debe estar atragantada contigo. Te advertí que no era buena idea, que le dieras un respiro.

Henar suspira con agobio porque no era la respuesta que esperaba. De repente se siente estúpida y la invade una angustiosa congoja. Sabe que Octavia tiene razón, Íngrid está tratando de mantener las distancias con ella, se lo está demostrando por activa y por pasiva, y ella sigue ahí, sin darle un respiro. Pero es que en su casa se ahoga y lo único que le permite no pensar en el divorcio y sobrevivir a los reproches absurdos de su marido que sufre cada día, es ver a Íngrid. Ella le da estabilidad emocional, le da fuerza y le da el valor para enfrentarse a un hombre que de repente le parece un desconocido. Álvaro se ha vuelto despiadado desde que lo echó de

su casa. Lo mismo la llama y le pide perdón, que le da la vuelta a la tortilla y la acusa de ser ella la causante de la situación, alegando que se está tirando a alguien y por eso ya no lo quiere.

Octavia dice que debería denunciarlo por acoso y su abogado que sea paciente, que ha visto este tipo de arrebatos muchas veces, que Álvaro lo único que tiene es que ahora se siente perdido. Con ella tenía una estabilidad, sabía que volvía a casa y la encontraba allí, que hacía lo que le daba la gana y Henar seguía a su lado, y como ahora la situación ha cambiado, siente la necesidad de recuperarla a toda costa, pero que solo debe esperar un poco a que empiece una relación con cualquier otra mujer y se olvidará de ella.

Henar no sabe a quién hacer caso, pero reza para que lo que dice su abogado pase pronto, que Álvaro se enamore de alguna de sus amantes y la deje respirar, porque se está asfixiando.

—Tienes razón —admite compungida—, anularé la reserva del hotel y me iré a casa.

—No nos van a devolver el dinero de la reserva, puedes quedarte ahí ya que estás y así te despejas, pero deja a Íngrid tranquila.

La escritora lo medita y asiente para sí misma. Octavia tiene razón, ya tiene pagada la habitación y con tan poca antelación no pueden cancelar sin perder el dinero, así que aprovechará que está por Tarragona para dar un buen paseo por el centro de la ciudad, después buscará algún sitio para cenar, volverá al hotel y mañana tal vez pase la mañana en alguna playa de la Costa Dorada antes de volver a Gerona.

Cuando empiezan las ponencias de la tarde, Íngrid es incapaz de concentrarse. Henar no ha aparecido y lo que debería alegrarla

porque se supone que era lo que quería, la hace sentir culpable. Se ha comportado como una estúpida con la escritora y ha sido muy mal educada ignorándola de una manera tan deliberada, impropia de la madurez de una mujer de cuarenta y tres años. Sus ojos se van desviando de manera continua hacia la puerta hasta que, finalmente, comprende que Henar no va a aparecer.

—Mierda —masculla para sí, y trata de centrarse en las ponencias.

Íngrid llega al hotel irritada, con los hombros tensos y un dolor de cabeza importante. Los mismos médicos con los que ha comido al mediodía, le han dicho de quedar para cenar esta noche, pero está de mal humor y siente que se le ha cerrado el estómago, así que les ha dicho que no tenía hambre y prefería volver al hotel para darse una ducha y descansar. La doctora se detiene en seco, con el corazón latiéndole a mil por hora cuando al pasar por delante del comedor del hotel, ha reconocido a Henar sentada en la barra. Íngrid vuelve sobre sus pasos y se asoma para corroborar que, en efecto, es ella. Sin dudarlo, camina directamente hacia la escritora y arrastra un taburete para dejarse caer a su lado.

—¿También sabías en qué hotel me hospedaba? —suelta sobresaltando a Henar, que no la ha visto llegar.

La escritora no puede controlar el acelerón que le da el corazón, pero sí disimularlo.

—Pues la verdad es que no. Octavia tiene convenios con varios hoteles y en ese aspecto nunca puedo elegir, salvo que quiera pagar yo, claro.

Íngrid parpadea sorprendida.

—¿Por qué no has venido esta tarde?

Henar intenta sonreír, pero no lo consigue y el aire simplemente se le escapa por la nariz.

—¿Para qué, Íngrid? Ya me has dejado muy claro cuánto te he molestado. Y tenías razón, no te he respetado y te pido disculpas por ello.

La escritora se bebe lo que le queda de su copa de un trago y se levanta. Íngrid eso no se lo esperaba y no tiene mucho tiempo para pensar en lo que va a decir, pero sí que ve cómo su mano se cierra como un cepo sobre el brazo de la escritora.

—Espera, ¿a dónde vas? —pregunta entre descolocada y muy nerviosa.

Henar se mira el brazo y después a Íngrid, con una dureza en la mirada que la doctora no había visto antes en ella y que la hace retirar el brazo de inmediato.

—A buscar algún sitio para cenar, tengo hambre. Ya nos veremos el lunes, Íngrid. Disfruta del fin de semana.

La escritora coge su bolso e Íngrid siente un pánico repentino y, de nuevo, su mano vuelve a cerrarse sobre el brazo de la escritora.

—No te vayas, cena conmigo —dice de sopetón.

A Henar le tiembla el labio de rabia y de impotencia. Íngrid la desconcierta mucho, y emocionalmente ella no está para aguantarle tantos desaires.

—¿Tus amigos te han dejado tirada? —pregunta con rabia.

Íngrid baja la cabeza aceptando el ataque, sin duda merecido.

—No, he sido yo la que no he querido ir. No tenía hambre.

—¿Y ahora sí que tienes? —Henar arquea una ceja.

—Sí, ahora sí.

—Pues pídete un bocadillo, los del bar de la esquina no están mal.

Henar se cuelga el bolso y se marcha hacia la puerta. Ingrid no vacila y sale corriendo tras ella, hasta que la alcanza en la puerta del hotel y vuelve a cogerla por el brazo.

—Espera, Henar. He sido muy borde hoy contigo, me he pasado y lo siento. En serio, pero es que…

Ingrid no sabe qué decir, se acaba de dar cuenta de que está hecha un auténtico lío y no tiene ni idea de cómo debe actuar con la escritora.

—¿Qué, Ingrid? —exige saber Henar.

—No lo sé, solo sé que ahora no quiero que te marches —confiesa con una sinceridad, que hace que a Henar el corazón le dé tres saltos—. Cena conmigo, por favor.

Silencio.

—Henar… —insiste la doctora con el corazón a mil por hora.

—Está bien, pero pagas tú.

—Por supuesto, pero no te pases con lo que pides que yo no soy escritora —trata de bromear.

Henar la mira boquiabierta.

—Me gustas más cuando eres borde —dice y empieza a caminar.

—Sí —responde aliviada la doctora—, las bromas no son lo mío.

—En eso estamos de acuerdo —Henar suena fría, pero Ingrid sabe que solo trata de chincharla, como hace siempre.

Al principio de la cena, ambas están un poco tensas, pero conforme avanza, se van relajando y empiezan una conversación distendida que las evade de todo.

—¿Otra copa? —propone Henar cuando terminan.

—Me gustaría, pero es mejor que vayamos a descansar, mañana tengo que madrugar —tuerce la boca Íngrid.

—Es verdad, no me acordaba.

Las dos mujeres se levantan y caminan hacia el ascensor. Íngrid está tentada en varias ocasiones de preguntarle cómo va el asunto del divorcio con su marido, pero Henar no ha sacado el tema y ella no quiere ser una entrometida o provocar que piense que tiene algún tipo de interés en ello. A Henar le pasa algo parecido, quiere contarle que ha echado a Álvaro de su casa y hablarle de esos ataques de rabia del que todavía es su marido, pero al ver que Íngrid y ella vuelven a estar bien, prefiere no hacerlo para no estropear esa noche.

—¿En qué planta estás? —pregunta la doctora cuando entran en el ascensor.

—En la tercera. ¿Y tú? —le devuelve la pregunta Henar.

—En la segunda.

Íngrid pulsa ambos botones con la mano temblorosa y un calor acuciante entre las piernas. El ascensor se detiene en la planta número dos y las puertas se abren, pero Íngrid, en lugar de salir, se da la vuelta con el corazón desbocado y estrella sus labios contra los de la escritora.

A Henar la recorre un calambrazo de excitación cuando nota las manos de Íngrid por su cintura y sus lenguas entran en contacto. Ni siquiera se enteran del trayecto hasta la tercera planta y salen del ascensor a trompicones. Henar busca la tarjeta de apertura entre besos y solo tiene tiempo de encender la luz de la entrada de la habitación antes de que ambas comiencen a arrancarse la ropa y caigan sobre la cama medio desnudas.

Henar quiere preguntarle a Íngrid si está segura de lo que hace, pero cuando la doctora le arranca la ropa interior y comienza a besarle la cara interna de los muslos con una delicadeza delirante, la escritora cierra los ojos y decide disfrutar de la noche que lleva tantos días esperando.

CAPÍTULO 13

Son casi las nueve de la mañana, hora del comienzo de la primera ponencia del día, e Íngrid todavía está en la habitación de Henar, concretamente en el baño, recién salida de la ducha con las manos apoyadas en el mármol del lavabo con la escritora pegada a su espalda, entrando y saliendo de ella con los dedos a un ritmo frenético que lleva a la doctora a un segundo orgasmo que casi le dobla las rodillas.

—Ahora sí te puedes ir —sonríe Henar aferrada a su cintura, apoyando la cara en la espalda todavía húmeda de Íngrid mientras respira el aroma que el gel de ducha le ha dejado impregnado en la piel.

La doctora también esboza una sonrisa que le sale entrecortada por la falta de aliento tras el orgasmo. Íngrid lleva intentando marcharse media hora, pero Henar no ha podido resistirse cuando la ha visto salir de la ducha y la doctora no ha sabido negarse tras la primera caricia.

—Por tu culpa voy a llegar tarde —dice Íngrid incorporándose, aunque su tono muestra de todo menos enfado.

—No creo que a nadie le importe que te retrases unos minutos —argumenta la escritora—. Venga, vístete, tienes que desayunar algo antes de encerrarte en esa sala espantosa.

Henar se ha despertado la primera y ya estaba duchada cuando la doctora ha abierto los ojos, por lo que Íngrid le ha pedido que le hiciera el favor de ir a su habitación y subirle su maleta para poder ponerse ropa limpia tras la ducha.

La doctora sopesa las palabras de Henar. La realidad es que tiene un conflicto interno importante porque, por un lado, quiere salir corriendo y, por el otro, le gustaría pasar todo el día con la escritora.

—Está bien, desayunamos y me voy.

Henar ya se ha dado cuenta de la incomodidad de Íngrid. A ratos parece estar bien y todo fluye con naturalidad, como hace cinco minutos, y otros como ahora, se tensa por completo y se le hincha una venita en la sien izquierda. Henar no sabe cómo actuar con ella, el terror a perderla del todo la paraliza por momentos, pero lo que es innegable, y ahora lo tiene más claro que nunca, es que entre las dos hay algo y la conexión es cada vez más fuerte.

Cuando anoche se acostaron la primera vez, Henar temió que Íngrid saliera corriendo, pero la doctora se quedó con ella y a ese primer encuentro siguieron otros dos hasta que las venció el cansancio. Henar se despertó cuatro horas más tarde y ya no pudo conciliar más el sueño. Tenía a Íngrid al lado y le parecía increíble, pero más increíble le parecía todo lo que había sentido con las caricias y los besos de la doctora. No pudo dejar de pensar en eso ni lo hace ahora mientras desayunan, hasta que Íngrid la interrumpe.

—¿Por qué me miras así? —frunce el ceño la doctora.

—No te miro de ninguna manera.

—Claro que sí, me estás desnudando con la mirada y te recuerdo que ya no estamos en la habitación.

Henar carraspea y hace un mohín divertido con la boca antes de ponerse seria, sabiendo que no va a tener otra oportunidad mejor que esa de abordar el tema.

—Oye, Íngrid, quizá deberíamos hablar de lo que pasa.

—No —la corta la doctora de manera tan abrupta que Henar siente que se le forma un nudo en la garganta—. Tú te estás divorciando y yo no quiero problemas, Henar. Nos hemos acostado y punto. Somos adultas y profesionales, así que olvídate del tema y actúa como si no hubiera pasado hasta que termines de documentarte, así todo será más fácil para ambas y no se generarán más situaciones incómodas como esta.

Henar está perpleja, y también muy ofendida. Y cabreada. La invaden muchos estados ahora mismo porque no se esperaba una respuesta como esa. Que Íngrid es una mujer que se refugia tras una armadura es algo que ya sabe, pero no esperaba que fuese tan fría después de la noche que han pasado juntas. Parpadea varias veces mientras trata de que su respiración no delate las ganas de gritar que tiene.

Íngrid la mira, nerviosa e incómoda porque le gustaría que la situación fuese otra, que Henar fuera una mujer completamente libre de ataduras emocionales para no tener que contener eso que crece entre ellas y disfrutarlo cada día, pero lo cierto es que Íngrid está cagada de miedo y la idea de engancharse a la escritora y que esta desaparezca de su vida cuando termine su cometido, es lo que la mantiene en esa tensión cortante que, en lugar de acercarla, la aleja de Henar Leiva. Para ella, la posibilidad de que, en algún momento Henar cambie de opinión y decida darle otra oportunidad a su matrimonio, sigue estando ahí.

—De acuerdo —Henar ha tardado en contestar, pero lo hace con una calma y parsimonia que molestan mucho a la doctora.

Ha decidido que, si a estas alturas Íngrid no es capaz de confiar en ella y abrirse y permitir que ambas tengan la conversación que necesitan, ella no se va a arrastrar ni piensa dejar que note que le afecta.

—¿De acuerdo qué? —pregunta tontamente Íngrid, tratando de gestionar su rabia interna.

—Lo olvidamos como si no hubiera pasado. Cuando acabemos de desayunar, tú sigues con la ponencia y yo volveré a Gerona, y el lunes actuaremos como si entre tú y yo no existiera nada. Tampoco es tan complicado y es lo que quieres, ¿verdad? —suelta para dejar claro que esto es una decisión de Íngrid.

—Sí —masculla la doctora sin entender por qué se está poniendo de tan mal humor.

—Pues perfecto entonces —Henar da una palmada para zanjar el tema y coge una de sus tostadas, mordiéndola con ansia y saboreando con deleite para desesperación de Íngrid, que tiene ganas de clavarle un tenedor en el ojo a pesar de ser ella la que no deja de poner trabas entre ellas.

CAPÍTULO 14

El lunes por la mañana las dos mujeres se encuentran a primera hora y, tal y como pidió Íngrid, Henar se comporta como si ese encontronazo en el hotel no hubiera sucedido. La doctora lo agradece, y al mismo tiempo le molesta.

—Hoy me toca pasar consulta todo el día —dice mientras caminan hacia los ascensores.

Eso descoloca a la escritora, que la mira de reojo.

—Vaya, pensaba que siempre estabas en urgencias.

—Casi siempre, pero a veces me toca aquí, o tengo que operar.

—Aah —balbucea Henar justo cuando llegan a una consulta y la doctora abre la puerta.

—Toma —Íngrid le da una bata blanca e impoluta—, hoy no vamos a estar preguntando a todo el mundo si puedes estar presente o esto será interminable con la cantidad de pacientes que visitaremos.

Una chispa de maldad aparece en la mirada de la escritora, que sonríe de manera perversa mientras se coloca la bata, dejando que sus dedos rocen intencionadamente los de Íngrid al tomarla.

—Así que la doctora estricta también se salta las normas —bromea para chincharla.

—Yo no soy estricta, y técnicamente no nos saltamos nada si les decimos que estás en prácticas, no sabes la de alumnos que tenemos por aquí a veces.

—Qué va, solo les mentimos —sigue pinchando la escritora, disfrutando de la manera que Íngrid tiene de apretar los labios cuando se irrita.

Íngrid se gira hacia ella atravesándola con la mirada y por un momento la electricidad corre entre ellas como si fueran torres de alta tensión.

—¿Prefieres quedarte fuera? —amenaza Íngrid.

—No —Henar alza las manos en son de paz, esas manos que la otra noche recorrieron el cuerpo de Íngrid con tanta exquisitez.

La doctora siente otra corriente solo de pensarlo y da un paso atrás, con la esperanza de que el aire pase entre las dos y enfríe un poco el calor que está sintiendo.

—Como te he dicho, diremos que estás en prácticas, pero no quiero que abras la boca en toda la mañana. Limítate a sentarte ahí y tomar tus notas sin molestar.

Íngrid le señala una silla justo al lado de la suya.

—¿No prefieres que me separe un poco? Estando tan cerca no sé, a lo mejor te rozo y me siento tentada de meterte mano —salta Henar sin poder contener la lengua.

La doctora nota que le falta el aire.

—Si me tocas, te clavo una jeringuilla en el cuello —amenaza Íngrid y Henar suelta una risotada tonta.

Las dos están nerviosas y no saben cómo gestionar la idea de estar tantas horas encerradas en un espacio tan pequeño, sabiendo que tienen a la otra al lado y que no pueden tocarla.

Los pacientes comienzan a pasar por la consulta y con los primeros Íngrid está incómoda por la presencia de la escritora, pero conforme pasan los minutos y comprueba que Henar está obedeciendo y solo toma notas, se va relajando y consigue trabajar relativamente tranquila hasta que a media mañana, entra una paciente que reconoce a la escritora.

—Usted es Henar Leiva —dice con los ojos muy abiertos.

Íngrid tensa todo el cuerpo cuando Henar, sorprendida, alza la mirada y le sonríe a la mujer.

—No sabía que también era doctora.

A Íngrid le entran los calores de la muerte y mira a Henar de reojo, temiendo la respuesta de la escritora.

—Sí, bueno, es que en mis ratos libres me gusta estudiar —argumenta la escritora.

La doctora le da un pisotón en el botín y Henar se pone rígida, sabe que no debe hablar con nadie, y mucho menos agrandar la mentira, pero tampoco sabe cómo cortar las preguntas de la paciente, que parece haberse olvidado de su dolencia por completo.

—La admiro mucho, ¿sabe? Es una lástima que no haya traído ninguno de sus libros para que me lo firme —cabecea y hace una mueca—, pero nos podríamos hacer una foto, ¿no?

—Señora, no sé si… —Íngrid trata de cortarla, pero Henar la interrumpe.

—Por supuesto.

La escritora se levanta y rodea la mesa situándose detrás de la silla de la chica para que esta pueda hacer una foto de ambas. Henar sonríe de manera simpática y a Íngrid le parece tan preciosa que le entran ganas de tirarle algo.

—Bueno, ya está bien, tengo más pacientes fuera y no puedo seguir perdiendo tiempo —espeta con la mirada clavada en la escritora, que ha cambiado de posición para hacerse otra foto.

Henar capta la indirecta, se despide de la chica y se sienta guardando silencio. El resto de la mañana pasa con mucha tensión para ambas. Íngrid porque cada vez que se abre la puerta teme que alguien más reconozca a la escritora y tenga que soportar otro numerito de exhibición. Y Henar porque ha recibido un par de mensajes desagradables de Álvaro que le han puesto mal cuerpo.

Cuando por fin acaban, la doctora se levanta y se quita la bata con alivio.

—Espero que hayas disfrutado, porque es la última vez que entras cuando me toque pasar consulta —espeta molesta.

Henar también se quita la bata y le corta el paso.

—Venga, no seas tan sosa —dice y sus ojos se van sin su permiso hacia los labios de la doctora—, ha sido divertido, Íngrid, deberías dejarte llevar un poco.

La corriente vuelve y se convierte en algo denso y atrayente como la fuerza de un imán, que empuja a la una contra la otra hasta que, sin saber quién ha comenzado, sus lenguas están entrelazadas de manera frenética. Las manos de Henar se aferran a la cintura de Íngrid, mientras que la doctora lucha contra el impulso de enredar sus dedos en el pelo de la escritora para tirar con suavidad hacia atrás y morderle el cuello. Íngrid sabe que tiene que parar, pero no encuentra la determinación hasta que escuchan voces al otro lado de la puerta y las dos se apartan como si se hubieran electrocutado.

—Vámonos —dice la doctora abriendo la puerta.

Henar la sigue de manera mecánica, tan trastocada por el beso que todavía no puede pensar. Las dos van de camino al vestuario donde tienen sus cosas, pero Íngrid ve por el rabillo del ojo que Vania, Estel y Maribel están al final del pasillo hablando como hacen muchas veces antes de marcharse.

—Tengo que ir al baño —dice de repente y deja a Henar descolocada en medio del pasillo.

Íngrid corre hacia donde está el trío antes de que se disuelvan y llega casi con la lengua fuera.

—Me acosté con Henar —suelta jadeante ante las tres mujeres, que primero la miran perplejas.

—Joder —dice la doctora Heredia y se echa a reír mirando a Estel—, esto está mucho más interesante de lo que me habías contado.

—Bueno, es que parece que aquí la doctora ha hecho cositas que no nos había dicho —responde Estel.

—Os lo estoy diciendo ahora —ladra Íngrid mirando a Vania como si buscase ayuda.

La doctora Teloy es la única que se mantiene seria, porque también es la única que sabe hasta qué punto eso es un problema para Íngrid.

—Me voy a volver loca —dice la doctora angustiada—. Henar me desquicia, en serio, pero me encanta.

—¿Y cuál es el problema? —trata de comprender la gitana.

—Que está casada.

—Pero se está divorciando —apunta Estel.

—Pues eso mismo, su cabeza tiene que ser un caos sentimental en este momento. Los divorcios son terribles, y salir de una relación

y meterte en otra, no sé, no lo veo, ni siquiera va a tener tiempo de sanar las heridas que le haya producido esto, eso si no le da por volver con el marido —argumenta la doctora con angustia.

—Tal vez —dice Vania—, pero lo que ella quiera hacer no debería ser decisión tuya, Íngrid. Sigo pensando que deberíais hablar.

—Ella quiere hablar, te lo aseguro, pero cada vez que saca el tema la corto.

—¿Por qué? —pregunta Estel con las cejas arqueadas.

—Yo qué sé, no puedo evitarlo.

—No tengo muy claro si te estás comportando como una cobarde o como una cría —suelta Vania—, o como ambas cosas.

—Oye, no te pases —tuerce la boca Íngrid y les explica todos sus miedos, pero también todas sus reacciones absurdas con la escritora. Ese pensamiento obsesivo de que tiene que alejarla y su incapacidad para hacerlo, y también lo borde que es con ella y lo mal que se siente después.

—Yo estoy con Vania —dice Maribel—, creo que huyes como una adolescente asustada y la estás cagando. No puedes estar jugando a comerle la boca por los rincones y después ignorarla como si no hubiera pasado. Dices que te da miedo que cuando termine de documentarse desaparezca, pero si sigues así, es posible que desaparezca por tu culpa.

Íngrid suspira y asiente. Sabe que tienen razón, pero ahora mismo es incapaz de comportarse de otro modo porque ella sigue convencida de algún modo de que para Henar, ella es solo un entretenimiento, un soplo de aire fresco que la ayuda a pasar por el bache que supone el divorcio, porque es imposible que la escritora

se pueda estar enamorando de ella mientras pasa por una situación tan complicada.

—Hablaré con ella cuando me sienta preparada para soportar esa conversación —decide mirando a sus compañeras.

—Bueno, eso ya es un paso —responde Vania conforme.

—En fin, voy a por mi bolso y me marcho, que vaya mañanita me ha dado la escritora en la consulta —se queja, haciéndolas reír.

—Voy contigo, que también tengo el bolso en la taquilla —dice Estel.

Cuando las dos entran en el vestuario, Íngrid se sorprende al ver que Henar todavía está allí, sentada en uno de los bancos con su bolso sobre las piernas. Al verla se levanta.

—¿Estás bien? —pregunta la escritora, preocupada por lo mucho que ha tardado en volver del baño.

Íngrid, que no se esperaba encontrarla allí y a quien la preocupación de la escritora la coge por sorpresa, vuelve a responder de manera borde y cortante a pesar de que no era lo que pretendía.

—No es asunto tuyo, Henar —suelta, y al ver la expresión dolida de Henar, se siente tan miserable que solo es capaz de coger su bolso y salir por la puerta.

—No le hagas caso, te aseguro que por norma no es así —dice la doctora Márquez, que ha presenciado la escena y se siente mal por la escritora.

—Será con vosotras, porque conmigo es una de cal y otra de arena. Me esfuerzo porque no me afecte, me digo que es solo parte del trabajo y que me he equivocado al escoger a la doctora, pero sí que me afecta —se desahoga Henar sin pretenderlo—, todo lo que

ella hace me afecta mucho, y no sé qué hacer para que eso no pase —dice con un nudo estrangulándole la garganta.

Estel se acerca a ella y le pone una mano afectuosa en el brazo al darse cuenta en segundos de lo que Íngrid no ha sabido ver en semanas; Henar Leiva está enamorada de ella.

—No sé qué decirte, Henar —murmura Estel, observando cómo la escritora lucha por mantener la compostura—, solo puedo asegurarte que Íngrid no es mala persona. Es una mujer acostumbrada a tenerlo todo bajo control, y me parece que tú la has desestabilizado y no sabe cómo gestionarlo.

Henar esboza una sonrisa triste. De repente siente que está agotada, tanto de soportar a su marido y sus amenazas, como de aguantar los desplantes de Íngrid, el problema es que la doctora le gusta demasiado como para tirar la toalla tan pronto.

—Gracias, Estel.

La doctora Márquez le guiña un ojo antes de verla salir por la puerta.

CAPÍTULO 15

Es la tercera vez en media hora que la doctora Ribas se asoma al pasillo para ver si localiza a la escritora. Cuando Íngrid ha llegado al vestuario esta mañana, Henar no estaba allí esperándola como ha hecho cada día desde hace casi un mes. A la doctora le ha extrañado, pero ha dado por hecho que habría pillado algún atasco o que simplemente se le habían pegado las sábanas.

Sin embargo, ya han pasado casi tres horas y Henar sigue sin dar señales de vida. Para Íngrid es toda una revelación lo que está experimentando con este suceso, porque no solo echa de menos a la escritora, es que está preocupada y, además, se siente odiosamente mal por la manera tan injusta que tuvo de tratarla ayer antes de marcharse. El espacio donde habitualmente suele estar Henar le provoca una sensación de vacío en el estómago que no ha hecho más que crecer con el paso de las horas.

Como una histérica, mira la hora en su reloj de nuevo y camina por el pasillo preguntando a todo el que se encuentra si ha visto a la escritora. Íngrid ha recorrido medio hospital buscándola, pasando por los sitios a los que suele ir con ella o los más comunes, como la cafetería o los baños. Incluso ha pasado por la capilla.

—¿A quién buscas? —pregunta el doctor Asensio cuando pasa por su lado, sorprendido por el estado de agitación de la doctora.

Íngrid se da cuenta de que parece una perturbada, mirando por todas partes, abriendo y cerrando puertas como si estuviera jugando al escondite con la escritora.

—A Henar Leiva, ¿la has visto?

—¿Yo? Se supone que está contigo, Íngrid.

—Ya, pero es que hoy no ha venido —su tono preocupado, no hace más que confirmarle la angustia que le produce que la odiosa escritora no se haya presentado.

—¿Y no te ha dicho nada? —pregunta él con cierta indiferencia.

Íngrid aprieta los labios hasta casi hacerlos desaparecer en una mueca de disgusto. ¿Por qué iba a Henar decirle algo si la ha tratado como a un estorbo desde el primer día?

—No —responde y hace otra mueca.

—Pues pregúntale a Arlet si tanto te preocupa, a lo mejor lo sabe ella —dice Abel como si nada.

—¿Arlet?

—Es con quién hizo tratos la escritora, ¿no? Si ha tenido algún imprevisto, lo lógico es que la avise a ella.

Los ojos de Íngrid se abren como platos y siente una especie de alivio inmediato. Hoy han quedado para comer todas las doctoras, así que podrá preguntarle y resolver sus dudas.

—Sí, tienes razón —asiente Íngrid.

—Genial, pues ahora deja de dar vueltas como una peonza y vuelve a urgencias, que tenemos mucho lío.

Abel Asensio reanuda el paso mientras ella lo observa roja de vergüenza.

Durante las siguientes horas, Íngrid trata de centrarse solo en el trabajo para evitar que el jefe de urgencias tenga que llamarle la

atención de nuevo, pero le es imposible no pensar en la escritora, ni desviar la mirada hacia el pasillo o sobresaltarse cada vez que la puerta se abre. Está jodida y lo sabe, como también sabe que no solo debe hablar con Henar seriamente, sino que debe también disculparse por cómo la ha tratado.

La angustiosa mañana por fin pasa e Íngrid espera con paciencia a que las parejas formadas por Vania y Arlet y Estel y Maribel, se sienten por fin a la mesa para poder lanzar la pregunta que tanto la tortura.

—¿Sabes algo de Henar? —le pregunta a la directora, que levanta los ojos de la carta con cara de sorpresa.

—¿Sobre qué? —pregunta Arlet.

—Hoy no ha venido, he pensado que a lo mejor te había dicho el motivo.

Arlet arquea las cejas y mira a Vania confundida.

—Bueno, técnicamente, Henar no es de la plantilla del hospital y no tiene porqué avisarme si no viene, pero dame un segundo que reviso el correo por si acaso.

—¿Estás preocupada, Íngrid? —entorna los ojos Vania al mismo tiempo que se inclina hacia delante, arrancando una carcajada al resto de las doctoras.

—Pues un poco —reconoce suspirando.

—No tengo nada —anuncia Arlet con el teléfono en la mano.

—Joder —masculla Íngrid contrariada.

—Si te soy sincera, si a mí me hablas como le hablaste a ella ayer —dice Estel—, no es solo que no hubiera venido hoy, es que no vuelvo más. Me parece que te pasaste bastante, Íngrid.

—Ya lo sé —la doctora coge la copa de vino que acaba de servirle el camarero y se bebe la mitad de un trago.

—No sé qué es lo que te da tanto miedo, pero como no espabiles, lo que te vas a encontrar es esto, que no vuelva —dice Vania.

—Quizá sea lo mejor al fin y al cabo —suspira Íngrid—, y lo que merezco, claro. Es lo que he estado buscando, alejarla, y ahora que parece que lo he conseguido, tengo la sensación de que voy a ahogarme —Íngrid se coloca una mano en el pecho mientras todas la miran boquiabiertas, hasta que a Vania se le escapa la risa.

—Joder, pareces una adolescente. ¿De verdad te resulta tan difícil reconocer que te has enamorado de ella?

Íngrid parpadea muchas veces, sofocada.

—Quizá lo esté —reconoce al fin.

—¿Y por qué mareas tanto la perdiz? —trata de comprender la gitana—, te gusta y tú a ella, de lo contrario no os habríais acostado ni os comeríais la boca poseídas por las hormonas en cuanto os quedáis a solas. ¿Por qué te empeñas tanto en alejarla?

—Yo nunca me he enamorado —confiesa Íngrid dejándolas a todas atónitas.

—¿Lo dices en serio? —pregunta Arlet con los ojos muy abiertos.

—Completamente. He estado con varias mujeres y he albergado sentimientos por ellas, pero esto que siento por Henar no, jamás he sentido este pánico a perderla ni estos celos absurdos por un marido del que se está divorciando. Estoy muerta de miedo, y supongo que eso es lo que me lleva a comportarme con ella de manera tan despiadada. No lo controlo, me digo a mí misma cada día que lo voy a hacer bien, pero después la veo, ella me mira con sus pestañas

largas y sonríe y a mí se me nubla la cabeza y el miedo vuelve a traspasarme. Es como si toda mi vida hubiera estado nadando en aguas tranquilas y de repente me encontrara en medio de un océano embravecido. Y lo peor es que no quiero volver a la orilla.

Tras sus palabras tan sinceras, se hace un silencio denso en la mesa tras el impacto que produce en todas la confesión de Íngrid.

—Podrías haber dicho desde el principio que te sentías así —dice Vania y extiende la mano por encima de la mesa para darle un apretón en el brazo.

—No podía, porque ni siquiera yo lo sabía. No ha sido hasta hoy que no ha venido y me ha tenido enferma de preocupación todo el día que he logrado comprender lo que me pasa.

—Pues ahora que lo sabes, deberías tratar de controlarlo, pero sobre todo, debes decírselo a ella —le aconseja Estel, que sintió mucha empatía por la escritora en el vestuario.

—No sé si podré, ya os he dicho que cada vez que la veo se me bloquea el cerebro y solo escupo estupideces.

—Pues vas a tener que hacer un esfuerzo —opina Arlet.

—¿Y qué pasa si se lo digo y me manda a paseo? Ya os he dicho que no está en su mejor momento.

—No lo sabrás si no se lo preguntas, y no te tengo yo precisamente por una mujer cobarde —argumenta Vania.

Íngrid coge el tenedor y comienza a juguetear con él antes de afirmar con la cabeza.

—Tienes razón, no soy cobarde, ni tampoco una cabrona, cuando encuentre el momento adecuado, trataré de hablar con ella.

—Eso está mucho mejor —sonríe la doctora Márquez.

CAPÍTULO 16

Henar ve su reflejo en el espejo de medio cuerpo que tiene en el pasillo cuando va del salón a la cocina, en busca de algo que llevarse al estómago. Se mira y se siente como una de esas mujeres amargadas que aparecen en las películas, esas que llevan días sin salir de su casa, hundidas en su miseria mientras comen comida basura y ven películas horteras en la tele dejando pasar las horas.

Coge un refresco y una bolsa de patatas, y trata de no mirarse cuando vuelve a pasar por delante del espejo porque no quiere volver a ver esas ojeras tan oscuras que han aparecido en su rostro. Lleva dos días en pijama, sin ducharse ni peinarse, moviéndose del sofá a la cama y de la cama al sofá, con el móvil apagado y el telefonillo de su casa desconectado por si a Álvaro le da por presentarse como hizo la otra noche, momento en el que solo consiguió que se marchara cuando lo amenazó con llamar a la policía.

Se deja caer en el sofá y siente que los cojines tan mullidos en los que se gastó un dineral, la engullen sin piedad haciendo más difícil que se motive para levantar cabeza y salir de ese pozo en el que siente que se hunde. Tres golpes en la puerta le aceleran el pulso y Henar se pone en pie de un salto. Mira la hora asustada, pensando que será Álvaro; sin embargo, salvo que no haya ido a trabajar, no puede ser él porque a esas horas todavía no ha salido.

Se acerca hacia la puerta sigilosa como un gato, con los pies cubiertos tan solo por unos calcetines y aparta la tapa de la mirilla para observar justo cuando vuelven a golpear la puerta y casi muere de un infarto.

Al pensar en ponerse enferma, piensa en Íngrid y maldice para sus adentros porque cualquier detalle la lleva a pensar en la doctora. Aplasta el ojo en la mirilla y comprueba con alivio que solo se trata de Octavia, su editora. Henar abre la puerta y se hace a un lado.

—¿Qué te pasa? ¿Estás enferma? —pregunta preocupada tras ver el aspecto andrajoso de la escritora.

—Supongo —dice ella antes de cerrar la puerta.

—¿Supones? —Octavia no comprende hasta que entra en el salón y ve la mesa llena de latas vacías, servilletas arrugadas y envoltorios de comida precocinada—. ¿Qué pasa aquí? —pregunta y Henar se deja caer en el sofá de nuevo.

—Nada —responde la escritora—, ¿a qué has venido?

Octavia parpadea descolocada.

—¿Cómo que a qué he venido? Llevas dos días sin cogerme el teléfono, lo tienes apagado. Y lo peor, no me has vuelto a pasar ningún capítulo.

Henar la mira intentando que su lengua suelte cualquier excusa convincente o simplemente decirle que necesitaba un respiro, pero lo que necesita en realidad es desahogarse.

—No puedo más, Octavia —dice y abre la bolsa de patatas, volcándola sobre la mesa ante la mirada horrorizada de la editora.

—¿A qué te refieres? —pregunta sentándose a su lado tras sacudir con la mano algunas migas y otras cosas por las que prefiere no preguntar.

—Me parece que me estoy volviendo loca —Henar apoya los codos en las rodillas y se inclina hacia delante—, perseguir a Íngrid hasta ese congreso está claro que fue una cagada.

—Bueno, eso ya lo hablamos y la dejaste en paz, ¿o no? —Octavia arquea las cejas, Henar no ha hablado con su editora desde que la llamó desde allí para quejarse de Íngrid, por lo que no está al corriente de su nueva situación.

—Más o menos, quiero decir, que sí, que no me acerqué a ella, pero por la noche me la encontré en el bar y me invitó a cenar.

—¿Ella a ti? —se sorprende Octavia.

—Sí.

—Sois muy raras, tú y ella —confirma la editora mientras espera a que le cuente.

—No solo cenamos —suspira Henar—. Nos acostamos.

—Joder —las cejas de Octavia se arquean al mismo tiempo que sus labios se estiran—, pero eso es genial, ¿no?

—No, porque me sigue odiando y yo no puedo quitármela de la cabeza.

—¿A qué te refieres con que te sigue odiando?

—A que para ella solo fue un polvo, el lunes su actitud hacia mí volvió a ser la de siempre, incluso peor, ahora es más borde y no quiere ni oír hablar del tema.

—Pero vamos a ver, ¿es que para ti no fue también un polvo?

Henar se deja caer como un fardo hacia atrás y niega lentamente con la cabeza.

—Vaya —dice Octavia sorprendida.

—Solo puedo pensar en eso, Octavia, no me la saco de la maldita cabeza y cuando estoy con ella no puedo concentrarme, es

como si no me funcionara el cerebro. Me he quedado aquí para darme espacio y reflexionar un poco sobre mi vida ahora mismo, porque entre ella que lo mismo me ignora que me come la boca en una esquina y Álvaro que no deja de acosarme, me entran ganas de mandarlo todo a la mierda y desaparecer. Quizá podría marcharme una temporada a la casa que tienen mis padres en el pueblo, allí estaría lejos de Álvaro y no sentiría la tentación de seguir viendo a Íngrid.

—Frena un poco, Henar. ¿Tú te escuchas? —la corta Octavia como si no reconociera a la mujer que tiene delante.

—¿Qué pasa?

—Pasa que no pareces tú, joder. ¿Desde cuándo eres una mujer de las que se esconden?

Henar abre la boca y la cierra contrariada.

—Lo de Álvaro es sencillo, denúncialo de una maldita vez, a ver si así se lo toma un poco en serio y asume que lo vuestro ha terminado para siempre —dicta la editora—, y lo de la doctora es cuestión de que hables con ella. Me parece que ambas tenéis bastante edad como para andar haciendo las tonterías que hacéis. Como ella se pone borde, tú agachas la cabeza y te quedas en casa como si tuvieras quince años, y encima dejas de trabajar, es que no me lo puedo creer —cabecea Octavia.

—Bueno, tampoco es cuestión de que me machaques así —tuerce el gesto Henar.

—No te machaco, solo quiero que espabiles. Habla con ella y no te andes con rodeos, le dices claramente que te has colado por ella y si ella no siente lo mismo, que te lo diga para que puedas volver

aquí y hundirte con motivo en medio de esta cuadra en la que has convertido tu casa. Después ya veremos cómo te reanimamos.

Henar la mira estupefacta.

—Y si siente lo mismo, os coméis la boca, echáis una buena follada y tú acabas el libro de una vez —termina y se abanica con la mano—, joder, qué calor hace.

La escritora la mira sin moverse, todavía sorprendida por el rapapolvo que le acaba de echar Octavia.

—¿Me has escuchado, Henar? —pregunta la editora poniéndose nerviosa.

—Sí, claro.

—¿Y por qué no contestas o reaccionas? ¿Piensas seguir ahí comiendo patatas y cacahuetes como un mono? Espabila —dice y da una palmada.

Henar se pone en pie casi de un salto, pero no se mueve porque está tan descolocada todavía, que no sabe lo que tiene que hacer.

—Ya me he levantado —dice estúpidamente, esperando a que Octavia le dé órdenes.

—Eso ya lo veo, ahora empieza a recoger todo esto, o mejor —dice alzando un dedo—, ve a darte una ducha, que hueles… —Octavia olfatea el ambiente como un perro—, joder, no sé a qué hueles y no quiero saberlo. Ve al baño, yo iré recogiendo este desastre.

Henar obedece como si fuera una adolescente bajo las órdenes de una madre estricta y enfadada. Se encierra en el baño tras coger la ropa limpia y se siente como nueva cuando termina de ducharse. Octavia tiene razón, ella no es de las que se esconden ni agacha la cabeza cuando las cosas no salen como quiere. Se viste y se dirige al

salón, donde Octavia ha abierto las ventanas y está pasando la aspiradora por el sofá. La mesa ya está recogida y todos los restos de su ataque de autocompasión, están en una bolsa de basura junto a la puerta.

—Deja eso, te invito a tomar algo —dice la escritora arrancándole la aspiradora de las manos a Octavia.

—Esto ya es otra cosa —sonríe satisfecha la editora después de darle un buen repaso—. Me invitas a una copa y a cenar, y mañana te quiero dándolo todo y retomando la novela.

—Mañana haré muchas cosas, pero la primera será hablar con Íngrid —dice Henar, cogiendo la bolsa de basura antes de salir por la puerta.

CAPÍTULO 17

Henar llega al hospital dispuesta a comerse el mundo, pero tal y como entra, se le forma una bola de nervios en la boca del estómago que le corta la respiración. Está muy decidida a hablar con Íngrid, pero de repente le entra un pánico irracional porque no se ha parado a pensar en lo que hará si la doctora la manda a paseo.

Se detiene cerca del vestuario con aire pensativo y llega a la conclusión de que si Íngrid decide seguir con esa actitud hostil y no asumir lo que ella está segura de que siente, su opción más razonable es la de apartarse, dejar de ir al hospital y desaparecer de la vida de la doctora para poder pasar página. Al fin y al cabo, Henar tiene todo lo que necesita para la trama de su novela y si sigue ahí, es simplemente porque le gusta estar con la doctora.

—Hombre, te has dignado a aparecer —la doctora Ribas aparece frente a ella y se cruza de brazos.

De nuevo, Íngrid no controla el impulso repentino que la lleva a comportarse como una estúpida. Lo que de verdad desea, es preguntarle a la escritora si se encuentra bien, saber qué le ha pasado estos días e incluso decirle que se alegra de verla. Porque es cierto, en cuanto la ha visto entrar por la puerta, el corazón de la doctora se ha desbocado como un potro encabritado y ha notado un agradable hormigueo expandirse por su pecho, pero también tiene esa rabia ahí, la de haber estado preocupada por una mujer que

actúa por impulsos y que, a su parecer, no respeta a nadie. Así que la actitud de la doctora es hostil, como siempre.

—¿Se puede saber dónde coño estabas? Esto no es tu patio de recreo, Henar, aquí no puedes venir cuando te apetece y dejar de hacerlo sin avisar a nadie.

A Henar su actitud no la coge desprevenida porque, en el fondo, ya se la esperaba, pero le molesta más que nunca porque empieza a estar cansada de tener que discutir con la doctora a diario, de no saber cómo la encontrará y lo que es peor de todo para ella, tenerla delante como ahora, morirse de ganas de besarla y saber que no puede hacerlo porque hasta ahora, las cosas siempre se han hecho cuando Íngrid ha querido.

—En el acuerdo no pone nada sobre que yo tenga que darte explicaciones de ningún tipo —suelta la escritora con firmeza.

Íngrid arquea las cejas sorprendida por su actitud y, al mismo tiempo, entorna los ojos y se aguanta media sonrisa porque está encantada de ver a esa otra Henar, la que no tiene la sonrisa permanente y a la que le afectan las cosas.

—Tenía cosas que resolver y punto —continúa Henar impasilble —, si te supone un problema, te vas a hablar con la junta y les pides que me saquen de aquí como si fueras una niña que no puede soportar que las cosas no salgan como le apetece.

Henar deja a la doctora con la palabra en la boca y va directa al vestuario para dejar su bolso.

—Vaya, menudo rapapolvo te acaba de soltar —sonríe Vania acercándose a Íngrid.

—Tiene carácter, ¿eh? —sonríe la doctora, que por algún motivo, se siente muy excitada.

Vania la mira como si fuera un bicho raro y vuelve a su trabajo, dejando sola a Íngrid cuando abre la puerta del vestuario para seguir a Henar.

—Está bien —cede la doctora cerrando la puerta.

Henar se gira sorprendida.

—¿Qué es lo que está bien?

—Me he pasado un poco —admite Íngrid.

Henar arquea una ceja y cruza los brazos sobre el pecho.

—Te pasas mucho, Íngrid, ahora y cada puto día que paso aquí contigo —bufa la escritora con una mezcla de frustración y algo más que la doctora no es capaz de adivinar.

—Es cierto, tienes razón —la doctora alza las manos en son de paz mientras se acerca.

La escritora la mira con asombro, sin comprender de dónde sale este repentino cambio de actitud.

—Me parece que hoy hemos empezado con mal pie —sigue Íngrid.

—¿Hemos? —la voz de Henar tiene un tono desafiante que hace que a Íngrid se le seque la garganta.

—Vale, yo he comenzado con mal pie —se corrige y carraspea—. Lo que en realidad quería decirte cuando te he visto, era si estabas bien. Te has pasado un par de días sin venir y estaba preocupada —reconoce y suspira porque le ha costado mucho ser sincera.

—Vaya, esto sí que es una sorpresa. ¿Estabas preocupada por mí?

Henar vuelve a utilizar ese tono jocoso que tanto molesta a la doctora, pero Íngrid consigue morderse la lengua y controlarse un poco. Ella no es así de déspota ni borde con nadie, y le cuesta

comprender por qué se comporta así con Henar cuando lo único que consigue es ahuyentarla y si es sincera consigo misma, lo que de verdad quiere, es justo lo contrario.

—Sí, lo estaba —admite para regocijo de la escritora.

—¿Tan difícil es para ti reconocerlo? —pregunta Henar casi susurrando.

—Pues sí —responde y traga saliva—. ¿Me vas a contar por qué no has venido?

Henar la mira largamente y da dos pasos que reducen por completo la distancia que Íngrid había dejado entre las dos.

—La verdad es que no me apetece hablar de eso, lo que me apetece es besarte —dice y la doctora casi sufre un infarto cuando las manos de Henar se colocan en su cintura y la sujetan con firmeza. El contacto, incluso a través de la ropa, hace que la electricidad recorra su columna.

Íngrid mira a un lado y a otro para asegurarse de que están solas en el vestuario, aunque la realidad es que no ve nada porque está nublada por el embrujo de la escritora. Su corazón late tan fuerte que está segura de que Henar puede escucharlo.

—A partir de ahora —susurra Henar muy cerca de su boca, tan cerca que sus labios casi se rozan cuando habla—, yo también voy a decidir cuándo nos besamos y cuándo no —asegura y le da un beso casto en los labios. El contacto es tan suave que Íngrid siente que le tiemblan las rodillas.

La doctora nota un cosquilleo agradable acompañado de un estremecimiento que le recorre todo el cuerpo. Ladea la cabeza y busca la boca de Henar, que se separa ligeramente sonriendo y entornando los ojos.

—Ahora mando yo —dice y de nuevo le da otro beso, igual de suave que el anterior.

A Íngrid ya no solo le tiemblan las rodillas, le tiemblan las piernas enteras y tiene que apretar la una contra la otra para contener el torrente de deseo que se acaba de desatar entre ellas.

—Nos van a pillar si no te das prisa —argumenta la doctora con la voz ronca de excitación.

—¿Eso significa que tienes ganas de besarme? —Henar desliza un dedo juguetón por la línea de su mandíbula.

—Deja de jugar, Henar —los ojos de Íngrid son dos rendijas oscuras enfocando hacia sus labios, húmedos de anticipación.

—Contéstame —exige la escritora—. ¿Tienes ganas de besarme?

—Muchas —jadea Íngrid y Henar le da otro beso.

—Sabes que tú y yo tenemos que hablar, ¿verdad? —murmura contra sus labios.

Íngrid parpadea mientras trata de controlar la respiración cada vez más acelerada y asiente.

—No te escucho —dice Henar para desesperación de la doctora.

—Sí, tenemos que hablar.

—Bien —Henar le da otro beso, atrapando ligeramente su labio inferior—. Pero no vamos a hablar aquí, es una conversación seria y quiero tenerla en un lugar más íntimo.

—Estás casada —suelta Íngrid, pero no aparta la mirada de sus labios húmedos y tentadores.

—Me estoy divorciando y he echado a mi marido de mi casa, técnicamente, estoy soltera, así que deja de pensar en eso —Henar le acaricia ligeramente la nuca mientras le habla.

Íngrid no es capaz de describir el absoluto alivio que siente al escucharla, aun así, no reacciona, porque ella solo piensa en arrebatarle otro de esos besos tontos que tanto le están gustando y que la dejan sin aliento.

—Vale, hablamos en un lugar más íntimo.

La doctora se gana otro beso en el que el contacto se prolonga un poco más que en los anteriores.

—Bien, hablaremos en tu casa. Quiero ver dónde vives —decide Henar.

—Vale —acepta Íngrid y levanta la mirada hacia sus ojos.

Henar le sonríe y le da otro de sus besos, entonces la puerta se abre y las dos se separan de inmediato y salen al pasillo.

—Ha faltado poco —se ríe Henar como una adolescente a punto de ser pillada en una gamberrada.

—Vas a hacer que me despidan —cabecea Íngrid, todavía atontada por los besos.

—Lo dudo —Henar le da un suave empujón con el hombro—, pero no desvíes el tema. ¿Cuándo quedamos para hablar?

—Hoy no puedo y mañana he quedado para comer con mis compañeras, ¿te parece bien por la tarde en mi casa?

—Vale, mañana por la tarde me parece perfecto. ¿Quieres que te dé otro beso? —suelta en medio del pasillo.

Íngrid se gira horrorizada temiendo que vaya a abordarla delante de todo el personal, pero cuando se da cuenta de que bromea, la coge por un brazo y la arrastra al interior de los baños que tienen al lado.

CAPÍTULO 18

Henar sale del hospital con una sonrisa de oreja a oreja, deseando que llegue mañana por la tarde para tener esa conversación con Íngrid que, ahora sí, intuye que irá como ella espera, sobre todo después de ese momento tan intenso como divertido que han pasado en los vestuarios a primera hora de la mañana. La tensión entre ellas se ha prolongado durante todo el turno, electrizante y adictiva, algo que jamás había experimentado y que la ha hecho sentir más viva que nunca. La doctora por fin se ha relajado y ha comenzado a dejarse llevar para expresar lo que siente, y cada vez que tenía oportunidad, arrastraba a la escritora de manera repentina hacia algún rincón para robarle varios besos. Henar se ha dejado hacer encantada, ha pasado tantos años de su vida con Álvaro, que ya se le había olvidado lo intenso que es todo cuando te comienzas a enamorar de alguien. La sensación de mariposas en el estómago, el cosquilleo en los labios o la necesidad de contacto urgente, todo eso es lo que siente cuando está con Íngrid.

Camina hacia su coche sintiendo que lo hace entre algodones. El día de hoy le parece digno de apuntar en un diario para que no se le olvide ninguno de los detalles. Tras ese montón de besos intercambiados en el vestuario, los que se han robado en algunos rincones y las miradas de complicidad que han ido intercambiando a cada rato, lo único que Henar deseaba era que llegara la hora del

almuerzo para poder tener a la doctora sólo para ella durante otros minutos. La sorpresa se la ha llevado cuando Íngrid, por primera vez desde que Henar está allí con ella, ha decidido que, en lugar de sentarse solas como hacen siempre, podían hacerlo con alguna de sus amigas.

La doctora no le ha preguntado, simplemente le ha puesto una mano en la espalda y, cuando Henar buscaba una mesa vacía, la ha reconducido hacia otra donde había tres doctoras.

—Creo que ya va siendo hora de que conozcas oficialmente a mis amigas, ¿te parece bien? —le ha preguntado mientras caminaban hacia ellas.

Henar ha sentido una mezcla de emoción y vértigo y ha tenido muchas ganas de girarse hacia Íngrid y volver a comerle la boca, sin embargo, en su lugar, lo único que ha hecho ha sido asentir y seguir caminando hasta la mesa de las médicas. A una ya la conocía, es la que estuvo hablando con ella en el vestuario cuando Íngrid tuvo uno de sus muchos arrebatos. Se la ha presentado como Estel Márquez, y a las otras dos como Vania Teloy y Maribel Heredia. Las tres la han hecho sentir como si fuera una más y por detalles que han salido en la conversación y que a Henar —siempre atenta— no se le han escapado, ha deducido que Íngrid les ha tenido que hablar mucho de ella, y no solo en el sentido de que la escritora es un incordio, sino en otro mucho más personal que le ha confirmado que las dos sienten lo mismo.

Se mete dentro del coche dispuesta a llamar a Octavia para agradecerle que se hubiera presentado en su casa y le hubiera soltado el rapapolvo para hacerla espabilar, porque gracias a ella, en lugar de compadecerse de sí misma, ha vuelto a tomar las riendas

de su vida como hace siempre. Sin embargo, cuando saca el teléfono del bolso, ve con enfado que tiene tres llamadas perdidas de Álvaro y varios mensajes donde su todavía marido, le suplica que le dé otra oportunidad con palabras muy amables, o en otros le dice que no entiende que lo deje y que ya lo tiene harto con tanta tontería.

—Harta estoy yo —resopla Henar hastiada y lo llama decidida a dejar las cosas claras de una vez.

Su marido no tarda en contestar, y ella, que tiene muchas ganas de gritarle que la deje tranquila de una vez, decide hacer varias respiraciones y hablar de manera serena porque sabe que de otro modo no conseguirá nada. Henar le pregunta si pueden verse para hablar y dejar las cosas claras y acuerdan comer juntos. Álvaro le propone un restaurante muy concreto, el que eligió para pedirle matrimonio. Henar cierra los ojos y suspira para calmarse cuando se da cuenta de la ridícula estrategia de su futuro exmarido.

—Está muy lejos, vamos al de siempre. Nos vemos allí en media hora —decide y le cuelga.

Cuando Henar cruza la puerta del restaurante al que solían ir cuando a ninguno le apetecía cocinar, Álvaro ya está sentado y ha pedido una botella de vino del que sabe que a ella le gusta. El detalle, en lugar de conmoverla, le provoca un suspiro de hastío.

—Para mí, agua —le dice la escritora al camarero, ignorando la mirada dolida de su marido.

—He pedido el que te gusta —argumenta Álvaro.

—¿De verdad piensas que si me pongo a tono voy a cambiar de opinión, Álvaro? Me parece una jugada entre sucia, infantil y desesperada —dice la escritora atravesándolo con la mirada.

—No pretendo nada, solo quería complacerte —se defiende él.

—Si querías complacerme haberlo hecho cuando estábamos casados.

—Todavía lo estamos —la corta su marido.

—Quería decir cuando todavía estábamos juntos y funcionábamos como pareja —corrige la escritora con la sensación de que habla con un crío—. Te has pasado el último año follándote a cada mujer que se te ha puesto a tiro, eso que yo sepa. ¿Qué esperabas que pasara, Álvaro?

—Vale —él se inclina hacia delante y baja la voz—, la he cagado y lo admito, pero te juro que ya no va a volver a pasar. Déjame volver, Henar.

—Las cosas no funcionan así, Álvaro, ya no se trata de que cambies o de si yo estoy dispuesta a creer que puedes hacerlo.

—¿Y entonces de qué se trata? Porque no lo comprendo.

—Se trata de lo que eso ha provocado. Yo me he sentido traicionada, y gracias a eso no solo he desconfiado de ti, sino que poco a poco he dejado de sentir lo que sentía hasta que llegó un punto en que simplemente, me era indiferente que te tiraras a otras —reconoce Henar.

Álvaro la mira perplejo.

—No te creo, si eso era así, ¿por qué seguías conmigo?

La escritora encoge los hombros.

—Por comodidad, por rutina, yo qué sé. Me daba mucha pereza empezar con todo esto y como tampoco tenía ningún interés en estar con nadie, me daba igual seguir conviviendo contigo, al fin y al cabo, estaba acostumbrada a ti.

Álvaro la mira muy serio y coge su copa de vino para digerir lo que acaba de escuchar y procesarlo hasta comprenderlo.

—¿Eso quiere decir que me has dejado porque hay alguien?

Henar ve con nerviosismo como a su marido le cambia el rostro sereno que tenía y se le transforma la expresión en la de un animal herido.

—No alguien a quien yo estuviera buscando, pero sí he conocido a una persona.

—¿A quién? —pregunta él, de nuevo sereno para sorpresa de Henar.

—Eso no importa, Álvaro.

Él da otro sorbo de su copa.

—En ese hospital, supongo. ¿Un médico? ¿Tienes un lío con él?

Henar se piensa mucho la respuesta, pero llega a la conclusión de que la única manera de que Álvaro tenga claro que su matrimonio ya no tiene solución y que ella piensa seguir adelante con el divorcio, es contarle la verdad, aunque sea dolorosa para él. Henar quería evitar hacerle daño de manera gratuita, pero Álvaro no es que tuviera consideración con ella precisamente.

—Es una doctora —dice y observa cómo la expresión de Álvaro cambia, los ojos se le abren con sorpresa y se le tensa la mandíbula —, y no tengo nada serio con ella, solo nos hemos dado cuatro besos tontos —miente porque no considera necesario decirle que ya ha probado su cuerpo y ahora siente una especie de adicción—, pero me he enamorado y tenga futuro con ella o no, esto ya no tiene vuelta atrás, Álvaro.

Su marido rellena la copa y bebe.

—Quizá no sea buena idea que comamos juntos —dice clavándole la mirada antes de levantarse.

Henar quiere decirle que lo lamenta, porque no se siente bien hiriéndolo y, aunque haya pasado lo que ha pasado entre ellos, lo ha llegado a querer mucho, pero Álvaro no le da esa oportunidad.

—Firmaré los papeles del divorcio, no te preocupes —dice a modo de despedida cuando pasa por su lado.

La escritora suspira y se bebe el poco vino que Álvaro ha dejado en su copa.

CAPÍTULO 19

Íngrid hoy se ha levantado muy nerviosa, esta tarde, ha quedado con Henar para tener por fin una conversación seria sobre lo que está pasando entre ellas y casi no ha pegado ojo en toda la noche por la inquietud de saber lo que la escritora le tiene que decir. En realidad, después de lo que pasó ayer en el vestuario, Íngrid piensa que todo está bastante claro, aun así, una parte de ella, esa que siempre la hace dudar, sigue temiendo que para Henar sea demasiado pronto y solo quiera algo informal, convertirla en esa amiga con la que se desahoga sexualmente y se distrae de sus pensamientos, y la doctora tiene claro que quiere mucho más que eso.

Se detiene con los cuatro intermitentes encendidos frente a la casa donde vive la doctora Márquez, a la que quedó en recoger porque tiene el coche en el taller e Íngrid vive más cerca de ella que la doctora Heredia.

—¿Siempre tardas tanto? —suelta Íngrid en cuanto Estel abre la puerta.

—Deja de ladrar tan temprano —se queja la neuróloga cerrando la puerta con un golpe suave—. Buenos días.

—Hola —saluda Íngrid y se pone en marcha.

—¿Nerviosa por tu gran día? —la provoca Estel en cuanto se da cuenta de que Íngrid tiene el ceño fruncido.

Ayer estaba tan eufórica por la mañana de adolescente enamorada que había pasado con Henar, que se quedó en el vestuario cuando se marchó la escritora y se lo explicó a Vania y Estel, que estaban allí con ella.

—No estoy nerviosa —responde seria, agarrada al volante con tanta firmeza que los nudillos se le vuelven blancos.

—Anda que no —afirma Estel, aguantándose la risa.

—¿Y si solo quiere tontear? —pregunta angustiada.

Estel suelta un resoplido que le mueve un mechón del flequillo. Íngrid y Vania siempre le dicen que ella y Maribel son como dos crías, discutiendo por tonterías y actuando más movidas por el orgullo que por lo que sienten, pero Íngrid las supera, primero con su terquedad y negativa a admitir lo que siente por la escritora y ahora con sus miedos absurdos.

—Vamos a ver, Íngrid, me parece que Henar te ha dejado ya bastante claro que le gustas.

—No sé dónde ves tú la claridad —dice la doctora.

Estel, sorprendida, se aparta la melena y se la coloca por detrás del hombro, girando la cabeza hacia su compañera con expresión de incredulidad.

—¿No sabes dónde la veo? Pues no sé, Íngrid, el hecho de que haya soportado tus impertinencias y tus desplantes cada día creo que ya te tendría que dar alguna pista. ¿De verdad crees que cualquier otra persona te habría soportado de no haber sentido algo por ti? Porque te has comportado como una auténtica imbécil con ella la mayoría de las veces, y Henar ha seguido ahí, paciente, esperando, hasta que ha domado a la fiera —remata con un tono mordaz que hace que Íngrid la mire con ojos entornados—. No me

mires así, sabes que tengo razón, te has comportado como una zorra, y Henar sigue ahí —añade aguantando esa mirada aterradora que a veces tiene la doctora.

—Es verdad —admite Íngrid apretando los labios hasta formar una línea recta casi perfecta—, lo cierto es que no me reconozco —cabecea contrariada—, yo jamás me he comportado así con nadie, ni siquiera comprendo por qué no me ha mandado a paseo.

—Pues por eso mismo —dice Estel suavizando el tono—, porque le gustas y de algún modo inexplicable, ha sabido comprender que solo actuabas así por puro pánico. Ahora te toca dejar que conozca a la verdadera Íngrid, que vea que no eres una zorra despiadada y que tienes muy claro lo que quieres.

—¿Esa imagen he dado? —pregunta horrorizada.

—La mayor parte del tiempo —sonríe Estel.

—¿No has pensado en ser un poco menos sincera? —Íngrid suspira—. No sé, edulcorar las cosas o algo.

—Pues no —Estel se encoge de hombros y se quita una pelusa del pantalón—, si te dijera que tampoco has actuado tan mal solo para que tú te sientas mejor, sería una amiga de mierda porque estaría animándote a tener un comportamiento detestable hacia la persona a la que quieres —responde y hace una pausa dramática—. Si buscas eso en una amiga, lo mejor es que rompamos nuestra bonita relación ahora mismo —ironiza y la mira con una sonrisa en la que no muestra los dientes.

—Eres igual de estúpida que Teloy, me gusta —contesta Íngrid zanjando el tema, conteniendo una sonrisa divertida.

Llegan al hospital antes de lo habitual y a Íngrid no le cuesta encontrar aparcamiento, algo que le parece todo un acontecimiento.

—Qué maravilla —dice dando una palmada cuando se bajan del coche.

Estel se ríe mientras caminan hacia el edificio, donde ve de reojo que Maribel está aparcando un poco más allá. La neuróloga hace un movimiento extraño dudando sobre si debe ir ella a saludar a Maribel o esperar a que sea la gitana la que se acerque.

—Pero vamos a ver —Íngrid se desespera y se coloca frente a Estel con los brazos en jarras—. Te estás muriendo de ganas de ir allí y comerle la boca, ¿es así o no?

Estel la mira sorprendida, pero asiente divertida mientras se muerde el labio inferior.

—Sí, claro.

—¿Y por qué no vas?

La doctora hace una mueca divertida.

—Porque no quiero que piense que estoy loca por ella —reconoce como una niña.

—Madre mía —Íngrid resopla como un búfalo—, es que estás loca por ella, Estel, ¿tan malo es demostrárselo? Como sigáis estirando la cuerda de esta manera para ver quien tiene más ego de las dos, al final lo vuestro se irá a la mierda.

La mueca divertida de Estel se transforma en una de disgusto. Íngrid sigue con su discurso.

—Ya viste lo que pasó con la tontería de las bodas. Tú no la invitas porque crees que si lo haces le estarás demostrando lo en serio que vas, y ella no te invita a la de su familia porque piensa que si tú no vas lo suficientemente en serio, no puede permitirse que veas que ella sí que va en serio —Íngrid hace una breve pausa para

pensar cómo decir lo que piensa—. Es un hecho, las dos sois imbéciles.

Estel la mira a ella y después desvía la vista hacia el coche de Maribel, que ya está aparcado y la puerta se está abriendo. La gitana emerge del vehículo y a ella le parece una diosa.

—Tienes razón —dice la neuróloga—, soy imbécil, pero tú también. Gracias por abrirme los ojos. Nos vemos dentro.

Estel le da un beso en la mejilla y cruza la calle corriendo en dirección al coche de la gitana. Íngrid sonríe y sigue caminando hasta la puerta del hospital, donde justo cuando está a punto de cruzarla, escucha la voz de un hombre preguntando a un par de sanitarios que fuman en la entrada si conocen a la doctora Ribas.

—Ahí la tiene —dice uno de ellos, señalándola con un movimiento de cabeza.

Íngrid se gira y lo observa con ojo clínico, tratando de recordar si lo conoce de algo mientras él se acerca en dos zancadas hacia ella, pero no le suena. Es un hombre atractivo y bien vestido, pero hay algo en su expresión corporal que le transmite hostilidad y la pone en actitud defensiva.

—¿Puedo ayudarlo?

—En realidad, no, lo único que quería era ponerle cara a la mujer responsable de haber roto mi matrimonio —dice Álvaro.

Íngrid se queda muda unos instantes, sorprendida por la acusación, pero sobre todo por la visita. Todo parece enmudecer a su alrededor mientras los sanitarios observan la escena sin disimular su curiosidad.

—Yo no soy responsable de nada —se defiende tensa mientras aprieta la mandíbula.

—Claro que sí —dice Álvaro, metiéndose las manos en los bolsillos con actitud chulesca—. ¿Eso es lo que hace con todos sus pacientes? ¿Engatusarlos para que rompan sus matrimonios?

Íngrid lo mira perpleja por la acusación y agradece que el hombre no esté levantando la voz. La rabia va creciendo dentro de ella y piensa en estrangular a Henar en cuanto la vea, porque está claro que, si él sabe algo de ella, es porque la escritora se lo ha dicho, pero entonces ve por encima del hombro de Álvaro que, a unos diez metros de ellos, está la escritora quieta como una estatua.

Henar está paralizada desde que los ha visto hablando, con la cara descompuesta y las manos temblando a cada lado de su cuerpo. Lo último que se imaginó la escritora es que su todavía marido se presentaría en el hospital e increparía a Íngrid. Henar siente vértigo, un pánico inesperado de perderla porque no sabe cómo va a reaccionar la doctora y de repente se da cuenta de que su marido puede estar cargándose todo lo que había conseguido de un plumazo.

Íngrid sigue mirándola, Henar apenas parpadea y no respira. Su primer impulso ha sido el de ignorar a ese hombre que necesita buscar culpables para sus errores e ir a ladrarle a la escritora por ponerla en una situación tan delicada y bochornosa como esa, pero algo en la mirada perdida y asustada de Henar la detiene, y también le calma las pulsaciones.

—¿No va a responder? —insiste Álvaro ladeando la cabeza con cierto aire amenazante.

Henar lo escucha y da un paso torpe hacia ellos dispuesta a pedirle que se marche y deje a la doctora tranquila, pero Íngrid le hace un sutil gesto con la mano para indicarle que se quede dónde

está. De algún modo, Henar también siente alivio, aunque no sabe por qué.

—No tengo por costumbre responder preguntas estúpidas —suelta Íngrid para asombro de Álvaro—, lo que sí le voy a explicar es que cuando yo conocí a su mujer, ella ya iba a pedirle el divorcio porque al parecer usted no se esforzó por mantenerla a su lado —Íngrid no se mueve ni deja de mirarlo cuando él cambia la postura tratando de intimidarla—. Para serle sincera, usted no se la merece y yo tampoco, porque me he comportado como una persona detestable con ella, tratando de alejarla cuando lo único que quería era tenerla cerca. Pero eso va a cambiar, yo sí que voy a luchar por ella y la trataré como se merece, ahora si no le importa, váyase de aquí y no vuelva por el hospital o llamaré a seguridad.

Íngrid lo deja ahí, boquiabierto, y lo esquiva para caminar hasta donde está la escritora. Los sanitarios de la entrada intercambian miradas mientras apagan sus cigarrillos, claramente divertidos por la escena.

—¿Estás bien? —pregunta Íngrid colocándole una mano en la espalda a Henar para guiarla hacia la entrada de las ambulancias y apartarla de la vista de Álvaro, que sigue en el mismo sitio que lo ha dejado, como una estatua de mármol.

—Lo siento, no sabía que haría esto, Íngrid —se disculpa Henar angustiada—. Ayer me harté de que me llamara a todas horas para pedirme que lo perdonara y quedé con él para dejarle las cosas claras. Y bueno, le hablé de ti, no sabía que…

—No pasa nada —la interrumpe Íngrid con voz suave y le masajea la espalda con cariño.

—¿No estás enfadada? —pregunta sorprendida la escritora.

Íngrid niega con la cabeza, la guía detrás de una puerta y le da un beso.

—No estoy enfadada, así que quiero que te relajes. Tu marido ha tenido un arrebato infantil y ya está, eso no es culpa tuya —aclara la doctora.

—Ya, pero, aun así, siento que te haya molestado.

—He dicho que no importa, Henar —ahora le da un beso en la frente, y la escritora, vulnerable, solo quiere que las horas pasen para estar a solas con Íngrid, poder hablar con ella y, sobre todo, volver a hacer el amor con la doctora.

—Vale —acepta suspirando, tratando de deshacerse de la tensión que ha acumulado.

—Hemos de entrar, que al final voy a llegar tarde —dice la doctora.

—Tienes razón —Henar mira su reloj espantada—, toma, deja mi bolso en la taquilla, yo voy a por los cafés.

Ahora el beso se lo da ella e Íngrid la ve alejarse por el pasillo con una sonrisa.

CAPÍTULO 20

Íngrid lleva media hora dando vueltas como una peonza en el salón de su casa. Después de una comida con sus amigas donde apenas ha podido pegar bocado ni concentrarse en ninguna de las conversaciones, por fin ha podido irse a su casa, donde nada más llegar, se ha dado una ducha y, en lugar de ponerse cómoda como hace muchas tardes cuando ya no tiene intención de salir, ha elegido unos vaqueros ajustados y su jersey de cuello ancho favorito. Después se ha secado el pelo y se lo ha dejado suelto y, por último, ha repasado que todo en su casa estuviera ordenado como le gusta antes de la llegada de la escritora.

La doctora mira el reloj cada minuto y también se asoma a la ventana de la casa adosada en la que vive a unas cuantas calles de la que Arlet le alquiló a Estel. El corazón le bombea cada vez más fuerte conforme se acerca la hora, hasta que ve que un coche de color azul metálico aparca delante de su fachada. Entonces contiene el aire en los pulmones hasta que la puerta se abre y de ella baja Henar, quien se mueve con seguridad y cierra la puerta del coche con más fuerza de la necesaria antes de girarse y caminar hacia su entrada. Íngrid pega la espalda a la pared con la sensación de que sus piernas se han vuelto de gelatina.

Henar nunca se ha sentido tan insegura como se siente ahora que está delante de la puerta de la casa de la doctora. Sabe que

este es un momento importante, que la conversación que tengan ahora decidirá si Íngrid Ribas formará parte de su futuro y, por lo tanto, cambiará el nuevo rumbo de su vida. Henar deja salir el aire suavemente y aprieta el botón del timbre, sorprendiéndose cuando la puerta se abre de inmediato.

—No me lo digas, me estabas esperando justo ahí desde hace diez minutos —dice la escritora en tono burlón para rebajar un poco la tensión.

—No me provoques que te cierro la puerta en la cara —salta Íngrid, que agradece el intento de la escritora de calmarle los nervios, mientras se le dibuja una sonrisa en la cara.

Henar se apresura en entrar y los ojos de la doctora le recorren todo el cuerpo con agrado. La escritora va arreglada como todos los días que la ha visto en el hospital, sin embargo, esta tarde le parece que está más guapa que nunca.

—Bueno, pues hablemos —dice Íngrid muy nerviosa.

La escritora arquea las cejas y se le escapa una sonrisa que pretende ser divertida, pero que para Íngrid resulta seductora.

—¿Aquí de pie? No seas sosa, Íngrid —se queja Henar.

—Sí, perdona —hace un gesto con la mano, abochornada—, es que estoy nerviosa. Pasa, puedes sentarte donde quieras —la doctora le señala un sofá enorme de tres plazas.

Henar deja el bolso en una esquina y se sienta al lado abrazando un cojín.

—¿Quieres un café? —pregunta la doctora.

—No, preferiría un poco de agua si puede ser.

Íngrid no contesta y se apresura a correr hasta la cocina. Allí llena dos vasos y se bebe el suyo de un trago antes de volver a

llenarlo y regresar junto a la escritora, sentándose en el otro extremo del sofá.

—¿Huelo mal? —pregunta Henar y ella la mira desconcertada hasta que comprende.

—No, claro que no, es que no sabía dónde ponerme —dice, de nuevo abochornada.

—¿Y te sientas lo más lejos de mí que puedes? ¿Tú has oído hablar del lenguaje corporal, Íngrid? ¿Intentas transmitirme que me quieres lejos?

La doctora la mira fijamente, tan descolocada que se ha quedado con la boca abierta hasta que Henar se echa a reír y se levanta para sentarse más cerca de la escritora.

—Mejor así, ¿no te parece? —pregunta Henar.

Íngrid asiente sorprendida porque un gesto tan simple haya hecho que de repente no se sienta tan nerviosa.

—A veces me comporto como si tuviera quince años, perdona —se disculpa la doctora y coge aire y lo suelta muy despacio.

—Yo también estoy muy nerviosa, Íngrid —reconoce Henar y le da un suave apretón en la rodilla—, quiero tener esta conversación y también estoy muerta de ganas de besarte, así que imagínate cómo tengo la mente —dice sonriendo.

—Si me besas ahora me cortocircuitará la cabeza y ya no podremos hablar en toda la tarde —suelta Íngrid en pleno ataque de sinceridad.

—Recibido —vuelve a sonreír Henar—, en ese caso, mejor hablamos ya.

—Sí, mejor.

Íngrid enmudece y a Henar le queda claro que debe ser ella la que inicie esa conversación que tanto lleva esperando.

—Vale, en primer lugar, quiero volver a disculparme por lo de esta mañana con Álvaro —dice la escritora.

—Olvida eso, que hayas estado casada con él no significa que seas responsable de sus acciones.

—Lo sé, pero, aun así, si yo no te hubiera mencionado, él jamás se hubiera presentado en el hospital para increparte.

—No importa, Henar —trata de zanjar ese tema Íngrid.

—Sí que importa, porque yo jamás le hubiera hablado de ti o de nadie si lo que siento no fuera algo más que pura atracción.

Íngrid deja de parpadear cuando se da cuenta de que este es el momento crucial de la conversación, ese en el que Henar le va a revelar qué es exactamente lo que siente por ella, y el corazón le late tan fuerte que se mira el pecho temiendo que se noten sus latidos.

—Me gustas muchísimo, Íngrid. Al principio pensé que solo era una mezcla de curiosidad y atracción física, pero después me di cuenta de que no solo era eso. Me gusta mirarte, me gusta escucharte cuando hablas, aunque me estés ladrando, pero lo que de verdad me hizo saltar todas las alarmas, fue cuando comencé a darme cuenta de que no me moría de ganas de ir cada mañana al hospital para poder seguir preparando mi trama, lo hacía porque quería verte. Después nos acostamos en aquel hotel y lo que sentí —Henar sonríe y cabecea—, fue tan intenso que no me lo podía sacar de la cabeza. Para mí no fue un simple polvo, Íngrid, fue mucho más porque sé que conectamos, tú y yo terminamos de

encajar aquella noche, y no me digas que tú no sentiste lo mismo porque te lo noto.

—No voy a negarlo —reconoce la doctora.

Henar esboza media sonrisa y se acerca un poco más a ella.

—Puedo seguir dándote razones que justifiquen lo mucho que me gustas y relatarte los momentos en los que poco a poco he sentido que me iba enamorando de ti, pero me parece que esa conversación la podemos ir dejando para otras ocasiones siempre y cuando tú también estés dispuesta a asumir lo que sea que sientes y empezar algo conmigo.

—Me siento igual que tú —reconoce Íngrid agradeciendo que Henar no necesite demasiadas explicaciones—. Yo lo único que quiero es disculparme por haberte tratado tan mal los últimos días, pero es que a mí lo de tu matrimonio me tenía preocupada, no estaba segura de que no sintieras nada por él todavía y yo aquella noche en el hotel me deshice entre tus brazos, Henar. Me sentí flotando entre algodones y me entró mucho miedo de pensar en comenzar algo y que después tú y él…

—Olvida a Álvaro, estando tú o no, mi matrimonio ya estaba acabado. Todavía tendré que lidiar con él y el divorcio, y estoy segura de que me esperan varias discusiones y aguantarle algún que otro berrinche, pero no albergo ningún sentimiento de ese tipo hacia él, en cambio, tú, me vuelves loca, Íngrid.

—¿Loca porque me deseas o porque me quieres matar? —se atreve a bromear la doctora para sorpresa de Henar.

—A veces quiero matarte, pero te deseo todo el tiempo —reconoce Henar mientras se inclina hacia adelante buscando sus labios.

A Íngrid le burbujea todo el cuerpo cuando se va dejando caer hacia atrás, atrayendo sobre ella a la escritora, que no tarda en apartar la ropa que le molesta para comenzar a repartir besos húmedos por su cuerpo hasta que llega a su zona más íntima e Íngrid termina convulsionando de placer antes de coger a la escritora de la mano y guiarla hasta su cama para estar más cómodas, porque no piensa soltarla en toda la tarde.

EPÍLOGO

Ocho meses después

—Bueno, señoras, yo os dejo ya, que tengo que preparar muchas cosas antes de mañana —dice Octavia levantándose de la mesa en la que ha estado comiendo con Henar e Íngrid, mientras recoge su maletín y se ajusta la americana—. Y tú, relaja esa cara, que parece que tienes algo metido por el culo y no te deja moverte —le dice a la escritora, que está tan estresada que ni siquiera protesta.

—Siempre tan delicada —murmura Henar, provocando la sonrisa de Íngrid.

Ambas se levantan y despiden a la editora después de que esta les diga que la comida la paga ella.

—Será mejor que nosotras también nos marchemos —opina Íngrid, cansada de ver cómo Henar sigue retorciendo la servilleta entre las manos.

—¿No quieres postre? —pregunta Henar sorprendida, sabiendo lo golosa que es su novia.

—No, lo que quiero es sacarte de aquí para que te dé el aire. Octavia tiene razón, estás más tensa que la cuerda de un arco.

—No es verdad —rebate Henar mientras se levanta.

—Claro que lo es, mírate, ni siquiera eres capaz de sonreír y acabas de firmar un contrato para otro libro. Deberías estar dando saltos de alegría.

Ambas salen del restaurante y una brisa fría las hace encogerse y arrimarse la una a la otra.

—Lo sé, y estoy contenta —dice Henar tras estremecerse por el frío, hundiendo las manos en los bolsillos.

—Pues no se nota mucho —Íngrid le pasa un brazo por encima de los hombros para intentar que entre en calor, atrayéndola hacia su cuerpo.

—Lo siento, cariño —se pone melosa la escritora y le da un beso en la mejilla, dejando una marca de pintalabios que se apresura a limpiar con el pulgar—, es que siempre me pongo muy nerviosa cuando tengo que empezar de cero con otra novela.

—¿Por qué? —trata de comprender la doctora.

Henar encoge los hombros, quizá sea la única cosa de su vida que le genera cierta inseguridad.

—Porque siempre tengo miedo de no ser capaz de crear una buena historia, de que los personajes no se parezcan a lo que yo tengo pensado o que simplemente me quede bloqueada a mitad del camino.

—¿Te ha pasado alguna vez algo de todo eso? —pregunta Íngrid con curiosidad.

—No.

—¿Y por qué te iba a pasar ahora? Lo harás bien. Si has conseguido que yo me enganche a tus novelas, es imposible que la cagues ahora.

—Tú te has enganchado porque nos acostamos —suelta Henar y la mira de reojo con una mueca divertida.

Íngrid sonríe, pero niega lentamente con la cabeza.

—No es cierto.

—¿Cómo que no? —Henar se detiene en seco, con los brazos en jarras—, tú jamás te hubieras leído ninguno de mis libros si yo no hubiera aparecido por el hospital.

—Eso es verdad, pero no tiene nada que ver con que nos acostemos. A mí me picó la curiosidad cuando comenzaste a gustarme.

—Cuando comencé a gustarte —repite pensativa Henar—, eso fue al principio —ahora entorna los ojos e Ingrid sonríe—, porque recuerdo que uno de los primeros días, ibas con uno de mis libros en la mano.

—¿Y qué? —Ingrid le quita importancia y reanuda el paso.

—Que eras una borde de mierda conmigo y ya te gustaba.

—Es que eras insoportable —suelta la doctora y otra ráfaga de aire las hace estremecerse—. Te iba a decir de ir a dar un paseo, pero con este tiempo —Ingrid mira al cielo, donde varios nubarrones grises se mueven a gran velocidad oscureciendo cada vez más la ciudad—, ¿te apetece venirte a mi casa?

—Solo si me dejas quedarme a dormir —protesta Henar como una niña, captando la atención de Ingrid.

La doctora activa el mando del coche para abrirlo y se meten dentro.

—Siempre que voy me apalanco y después me da mucha pereza marcharme —Henar vuelve a ponerse melosa y le da un beso en el cuello a la doctora, que suelta una carcajada y niega con la cabeza.

—Pero si eso es lo que haces siempre últimamente, quedarte —dice Ingrid.

—¿Y eso es malo? —pregunta la escritora después de carraspear y ponerse seria.

Íngrid deja de sonreír y entorna los ojos.

—No, no es malo —dice lentamente—, ¿por qué lo preguntas?

—Bueno, llevamos saliendo ocho meses, Íngrid, quizá sería un buen momento para tomarnos la relación un poco más en serio —propone nerviosa la escritora.

—Define más en serio.

—¿Por qué siempre tengo que explicártelo todo? —se exaspera Henar y la sonrisa maliciosa de Íngrid se expande descontrolada por su cara.

—Porque me encanta cabrearte, eres tan sexy —Íngrid se acerca para darle un beso y Henar, fingiendo estar ofendida, trata de apartarse.

—Quita —dice aguantándose la risa—, eres odiosa.

—Ya, pero me quieres.

—Sí, claro que te quiero —reconoce la escritora y se gira y le da ese beso que Íngrid anda buscando.

—Pues como yo también te quiero, quizá sí que podríamos tomarnos esto un poco más en serio —dice para sorpresa de Henar.

—¿De verdad? —pregunta ensanchando una sonrisa.

—Claro, pero tampoco vayas a pedirme matrimonio, ¿eh? —dice Íngrid con ese tono de broma que sabe que desquicia a Henar.

Henar le da un sopapo, después se ríen y se abrazan mientras el cielo se oscurece amenazando con una lluvia inminente.

—Venga, vamos a casa —dice Íngrid arrancando el coche, deseando llegar para acurrucarse con Henar en el sofá mientras escuchan la lluvia caer.

No se le ocurre ningún plan mejor que ese para pasar la tarde, y a Henar tampoco.